

**EL 'DESARROLLO COMUNITARIO' COMO MODELO
DE INTERVENCIÓN EN EL MEDIO RURAL**

FLACSO - Biblioteca

1000

**EL 'DESARROLLO COMUNITARIO' COMO
MODELO DE INTERVENCIÓN EN EL MEDIO RURAL**

Víctor Bretón Solo de Zaldívar

FLACSO - Biblioteca

COMENTARIOS Y APORTES

**Alain Dubly
Luciano Martínez Valle
Marco Antonio Guzmán**



Quito, octubre 2000

307
B 356d

5684
BIBLIOTECA

Serie: **DIALOGOS**

Título: **"EL DESARROLLO COMUNITARIO" COMO MODELO DE INTERVENCION EN EL MEDIO RURAL**

Autor: *Víctor Bretón Solo de Zaldívar*
Comentarios: Alain Dubly, Luciano Martínez y Marco Antonio Guzmán

Ediciones: Centro Andino de Acción Popular -CAAP-
Quito, Octubre del 2000

Diagramación y Portada: Sapó C. Inc.
Impresión: Albazul Offset

Derechos Autor: 014394
ISBN: 9978-51-015-X
ISBN: 9978-57-007-9

INDICE

	Pág
PRESENTACION	11
EL “DESARROLLO COMUNITARIO” COMO MODELO DE INTERVENCIÓN EN EL MEDIO RURAL	15
El contexto en que operó Misión Andina	17
La gestación de la Misión Andina	24
Inicio de la actuación de la MAE en la provincia de Chimborazo	27
Ampliación de las zonas de intervención y definitiva nacionalización de la MAE	34
Los controvertidos resultados de la actuación de MAE	41

*FLACSO
biblioteca*

**La actualidad de las enseñanzas de la
Misión Andina** 54

Bibliografía 62

COMENTARIOS

Alain Dubly 69

Luciano Martínez 73

Marco Antonlo Guzmán 79

PRESENTACION

La historia de la relación Estado-comunidades, de los análisis propuestos para el desarrollo rural, siempre será incompleta sino introducimos la acción de la Misión Andina en Ecuador, que aparece como una iniciativa latinoamericana, cuyas bases conceptuales, teóricas y propositivas las podemos encontrar en el desarrollo comunal, en los acuerdos de Patzcuaro Michoacán y en el surgimiento de una Antropología que intentó ser latinoamericanista; en un contexto en el que se inician los complejos cambios en América Latina hacia la búsqueda de una modernización nunca acabada y que a su vez no sólo contaría con las externalidades mencionadas sino también con una fuerte presión y movilizaciones campesinas que pugnaban por cambios funcionales en la estructura agraria. Para el caso ecuatoriano esta combinación entre externalidades, movimiento campesino e intentos modernizadores darían paso a la primera Reforma Agraria de 1963.

Este es el entorno en el que se ubica el análisis de Víctor Bretón que presentamos, como documento central, de esta publicación en nuestra serie Diálogos.

Pese a que han existido una serie de trabajos alrededor de la cuestión Estado-comunidades indígenas, de la presencia de políticas públicas sobre la problemática

recordemos que la Ley de comunas data de 1937, que el Ecuador firmó el Acuerdo de Pátzcuaro en 1942; como señala Andrés Guerrero, la FEI se funda en 1994 como un aparato indigenista al que se suma la existencia de ideologías indigenistas presente desde los años 1920, de trabajos interesantes como de los esposos Costales y el Instituto que ellos crearan Ecuatoriano de Antropología y Geografía, fundado a fines de la década del 50; sin embargo no hay estudios serios sobre el indigenismo ecuatoriano; mereciéndose resaltar algunos trabajos como el compilado por Jorge Trujillo "Indianistas, Indianófilos Indigenistas", así como un trabajo precursor, sobre la presencia de la Misión Andina en Chimborazo de la autoría de Jorge Mencías.

El aporte que aquí presentamos de Víctor Bretón representa una muy importante contribución para el estudio a profundidad del indigenismo ecuatoriano. Los participantes en el diálogo: Alain Dubly, uno de los más activos pensadores de lo rural y que conoció de cerca, pues participó en algunas evaluaciones de la Misión Andina, ha tenido a bien preparar una breve exposición, desde su perspectiva.

Marco Antonio Guzmán quien fuera en algún momento Director Ejecutivo de la Misión Andina, comenta su experiencia en un estilo muy personal que es constante en el devenir nacional: las políticas públicas están constituidas por biografías personales y las biografías están llenas de deseos.

Un permanente pensador actual, que se mantiene fiel a la problemática rural, Luciano Martínez introduce en el diálo-

go comparaciones más generales del efecto impacto de las políticas en el contexto de las nociones y conceptos del desarrollo. Como en anteriores diálogos confiamos que estos aportes coadyuven al debate, y en los actuales tiempos de confusión, a repensar no sólo la función de lo hecho y su instrumentación, sino los conceptos y teorías que lo hicieron posible y que nos podrían brindar excelentes oportunidades hacia entender nuestra realidad y sus posibilidades.

Nuestro profundo agradecimiento a Víctor Bretón Solo de Zaldívar por haber confiado al CAAP su investigación. Por la amistad que ha sabido brindarnos y las inquietudes que en los encuentros con él fueron apareciendo, como nuevos temas a ser abordados.

Nuestra gratitud a Alain Dubly, sirva ésta como un homenaje sus enseñanzas a su perseverancia, fe y esperanza. Marco Antonio Guzmán, que si bien está abordando nuevos temas lo agrario y comunal siguen siendo parte de su vida. Por supuesto a nuestro colega Luciano Martínez con quien ya hemos andado algunos caminos.

Francisco Rhon Dávila
DIRECTOR EJECUTIVO

EL 'DESARROLLO COMUNITARIO' COMO MODELO DE INTERVENCIÓN EN EL MEDIO RURAL: LA EXPERIENCIA DE LA MISIÓN ANDINA DEL ECUADOR

*Víctor Bretón Solo de Zaldívar**

"Se tiene la impresión de que pasadas casi tres décadas de la experiencia de la Misión Andina -programa internacional iniciado en 1953 en pro de la población indígena- la administración y principalmente la agro-burocracia local no aprendieron gran cosa de las sociedades indígenas y sobre las implicaciones de su modernización. La mejor prueba de ello está en los proyectos de desarrollo rural integral (DRI) dominante en los años 80-86, que fue si no impuesta por lo menos sugerida con gran vehemencia desde el exterior y aceptada de buen grado por los tecnócratas y después por los políticos, simplemente porque portaba la promesa de créditos internacionales. De manera más general hay que decir que la ausencia de reflexión local se debe ante todo a que ningún gobierno se interesó en hacer el balance crítico y público de la experiencia de la Misión Andina" (Santana 1995, 52).

La reflexión anterior de Roberto Santana pone sobre el tapete uno de los males que tradicionalmente han afectado -y afectan- a la planificación de las intervenciones

* Universidad de Lleida (España). Investigador invitado en FLACSO-Sede Ecuador.

sobre el medio rural de los países andinos en general y del Ecuador en particular: la recurrencia de una especie de amnesia histórica que impide aprender de los errores cometidos en el pasado y, especialmente, sistematizar las experiencias acumuladas en ese campo. No es de extrañar entonces que la trayectoria de la Misión Andina, sus realizaciones y sus límites, hayan terminado cayendo en el olvido más absoluto, estando condenada esa institución, en el mejor de los casos y salvo honrosas y raras excepciones, a aparecer en la literatura especializada como una referencia erudita a un remoto pasado que, sin embargo, está conceptualmente más cerca de lo que parece a la realidad actual del desarrollo rural.

Diseñado por las Naciones Unidas y dirigido por la OIT, Misión Andina representó durante las décadas del cincuenta y del sesenta el más ambicioso proyecto implementado en el área andina desde los parámetros de las políticas indigenistas clásicas, trascendiendo incluso a estas últimas. Porque, más allá de su voluntad de integrar a la población indígena al devenir de unas naciones consideradas por aquél entonces en vías de desarrollo, Misión Andina fue, de hecho, un verdadero experimento de desarrollo rural integral *avant la lettre*: no en vano puede ser considerada como el precedente directo de los proyectos DRI que, de los años ochenta en adelante, se convertirían en el paradigma post-reforma por excelencia de las políticas agrarias generalizadas a lo largo y ancho de América Latina.

El propósito de este trabajo es contribuir a recuperar la memoria de lo que fue la labor de la Misión Andina del Ecuador (MAE) para, a continuación, glosar las vaio-

raciones críticas vertidas en su momento sobre sus métodos de trabajo y sus resultados. Todo ello con la intención de poner de manifiesto las tremendas similitudes que su análisis permite establecer para con el momento presente. Un momento caracterizado, en lo que al desarrollo rural se refiere, por una privatización en toda regla de las iniciativas a través de la proliferación de nuevos agentes (organizaciones no gubernamentales y financieras multilaterales), y por unas formas de intervención sobre las comunidades indígena-campesinas que en ocasiones recuerdan mucho a aquéllas que definieron el quehacer cotidiano de la Misión Andina. Con ello no pretendemos más que romper una lanza en favor de la sistematización de las experiencias y de los conocimientos de ella derivados, en aras de la consolidación de un debate -no por hoy inexistente innecesario- sobre los límites de unos paradigmas de actuación que, tanto en el tiempo de Misión Andina como en la actualidad, consideran posible la integración y la modernización de los productores rurales marginales sin cuestionar previamente la distribución desigual de la riqueza y, en consecuencia, el acceso limitado a los recursos productivos.

El contexto en que operó Misión Andina: el 'desarrollo de la comunidad' como paradigma de las políticas indigenistas

Como es bien sabido, el indigenismo es una corriente de pensamiento que nace a To Targo de la segunda mitad del siglo XIX con la toma de conciencia por parte de algunos intelectuales y reformistas sociales de la importancia de la presencia indígena en las jóvenes repúblicas americanas,

raciones críticas vertidas en su momento sobre sus métodos de trabajo y sus resultados. Todo ello con la intención de poner de manifiesto las tremendas similitudes que su análisis permite establecer para con el momento presente. Un momento caracterizado, en lo que al desarrollo rural se refiere, por una privatización en toda regla de las iniciativas a través de la proliferación de nuevos agentes (organizaciones no gubernamentales y financieras multilaterales), y por unas formas de intervención sobre las comunidades indígena-campesinas que en ocasiones recuerdan mucho a aquéllas que definieron el quehacer cotidiano de la Misión Andina. Con ello no pretendemos más que romper una lanza en favor de la sistematización de las experiencias y de los conocimientos de ella derivados, en aras de la consolidación de un debate -no por hoy inexistente innecesario- sobre los límites de unos paradigmas de actuación que, tanto en el tiempo de Misión Andina como en la actualidad, consideran posible la integración y la modernización de los productores rurales marginales sin cuestionar previamente la distribución desigual de la riqueza y, en consecuencia, el acceso limitado a los recursos productivos.

El contexto en que operó Misión Andina: el 'desarrollo de la comunidad' como paradigma de las políticas indigenistas

Como es bien sabido, el indigenismo es una corriente de pensamiento que nace a To Targo de la segunda mitad del siglo XIX con la toma de conciencia por parte de algunos intelectuales y reformistas sociales de la importancia de la presencia indígena en las jóvenes repúblicas americanas,

identidad que en unos casos se ha definido como "mestiza" (México), y por lo tanto ha asumido y fagocitado determinados elementos de las culturas indígenas, y en otros se ha asimilado a un universo de modernidad definido en base a parámetros exclusivamente europocéntricos (Perú, Ecuador).¹

Dentro de la praxis indigenista, el conocido como desarrollo de la comunidad fue el paradigma predominante desde 1955 hasta la propia crisis del indigenismo como política de Estado, ya a finales de los setenta. Se trataba de promover el desarrollo de las comunidades indígenas a base de introducir innovaciones tecnológicas y nuevas formas de organización de la producción, la comercialización y los servicios. Aunque implícitamente reconocía que la brecha que separaba a los indígenas del resto de la sociedad era más material y estructural (económica) que cultural y, en base a ello, perseguía cambiar ese estado de cosas a través de una modernización que sustituyera las prácticas tradicionales por otras más eficientes, el desarrollo comunitario apostaba por el aprovechamiento y la reconversión de las propias características internas de las comunidades como elementos potenciadores y dinámicos del cambio. De este modo, instituciones presentes en muchas comunidades, tales como los cabildos o los trabajos comunales, serían refuncionalizados, reorientados y convertidos en instancias participativas de la sociedad indígena de cara a la adopción de un determinado proyecto modernizante.

Tal como especificaba el XX Informe del Comité

¹ De entre la abundantísima bibliografía disponible al respecto, son destacables el trabajo ya clásico de M Ch. Barre (1985) y la lúcida, sintética y más reciente visión de conjunto de H. Favre (1996)

Administrativo de Coordinación al Consejo Económico y Social de Naciones Unidas de 18 de octubre de 1956, se entendían como elementos integrantes del desarrollo de la comunidad "aquellos procesos en cuya virtud los esfuerzos de una población se suman a los de su gobierno para mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades, integrar a éstas en la vida del país y permitirles contribuir plenamente al progreso nacional". El citado documento añadía, además, que "en ese complejo de procesos intervienen (...) dos elementos esenciales: la participación de la población misma en los esfuerzos para mejorar su nivel de vida, dependiendo todo lo posible de su propia iniciativa; y el suministro de servicios técnicos y de otro carácter en formas que estimulen la iniciativa, el esfuerzo propio y la ayuda mutua, y aumenten su eficacia" (Buitrón 1961, 141; Cuéllar 1978, 195)². Con el paso del tiempo, el desarrollo comunitario se fue recubriendo de los atributos de integralidad propios de los paradigmas modernizantes de moda hasta los años setenta. Buena muestra de ello es la Primera Conferencia Interamericana sobre Desarrollo de la Comunidad (Chile 1970), en cuya Acta Final se afirmaba taxativamente:

"El desarrollo de la comunidad no debe concebirse únicamente como un instrumento al servicio del crecimiento económico ni como un correctivo para los desequilibrios producidos en la sociedad por dicho crecimiento. El aporte

2. Para hacer ello posible, ya en los albores del desarrollo comunitario fue creado el Centro de Educación para el Desarrollo de la Comunidad (CRE-FAL), con sede en Pátzcuaro, México. Dicha institución, fundada en 1951 por la UNESCO con la colaboración del gobierno de México, la OEA, Naciones Unidas, la FAO, la OIT y la OMS, tenía la finalidad de adiestrar personal que pudiera participar en programas de desarrollo de la comunidad y, asimismo, preparar materiales educativos.

sustantivo del desarrollo de la comunidad al desarrollo global es el de incorporar a éste a los sectores populares por la vía de una estrategia de participación organizada en las fases cruciales de voluntad, decisión y acción, que caracterizan al proceso de desarrollo como obra dinámica de toda la sociedad.

'El desarrollo de la comunidad es un proceso integral de transformaciones sociales, culturales y económicas y, al mismo tiempo, es un método para lograr la movilización y la participación popular estructural, con el fin de dar plena satisfacción a las necesidades económicas, sociales y culturales' (Conferencia Interamericana 1970, 1125-1126).

El conocido indigenista A. Buitrón³ señaló en dos momentos distintos (uno en 1954, en los albores de la Misión Andina y otro en 1965, cuando ya se evidenciaban más las fallas del paradigma) algunas de las limitaciones presentadas por este tipo de actuación sobre la población indígena. Eran remarcables, a juicio de este autor, las carencias derivadas desde el primer momento del burocratismo y el desconocimiento supino que muchos técnicos implicados en los proyectos tenían de la realidad social sobre la que supuestamente iban a actuar:

"Otra limitación que confrontan las organizaciones internacionales y que tiene que ver con la efectividad de sus programas, es la selección de expertos extranjeros y de fun-

3. Para hacer ello posible, ya en los albores del desarrollo comunitario fue creado el Centro de Educación para el Desarrollo de la Comunidad (CRE-FAL), con sede en Pátzcuaro, México. Dicha institución, fundada en 1951 por la UNESCO con la colaboración del gobierno de México, la OEA, Naciones Unidas, la FAO, la OIT y la OMS, tenía la finalidad de adiestrar personal que pudiera participar en programas de desarrollo de la comunidad y, asimismo preparar materiales educativos

cionarios nacionales para formular o desarrollar sus planes de trabajo. En primer lugar parece que existen disposiciones que prohíben a los organismos internacionales emplear por su cuenta técnicos del propio país. En segundo lugar, debido a un sistema de cuotas, tienen que emplear expertos de todos los países miembros. Resulta de esto que los técnicos nacionales, que generalmente no son reconocidos en su propio país (nadie es profeta en su tierra), no son llamados por sus gobiernos ni pueden trabajar por cuenta de los organismos internacionales allí donde sus conocimientos y su contribución podrían ser de mayor valor. Para encontrar trabajo tienen que salir de su país y así se pierde el mejor elemento. Los técnicos extranjeros, seleccionados a veces más por razones de 'cuota' llegan a un país sin conocer el idioma, la geografía, la historia, la cultura, las costumbres, etc. Más todavía, llegan sin entusiasmo, sin fe, sin buena voluntad. En estas circunstancias, esta gente no está dispuesta a hacer ningún sacrificio. Tienen que vivir en los mejores hoteles y sólo en los lugares en donde existan éstos. Por otra parte, los funcionarios nacionales, que bien podrían suplir algunas de esas deficiencias por lo menos, son seleccionados no con estas miras, sino por razones de política, amistad, recomendaciones, etc. Muchas veces ha sucedido que los funcionarios nacionales desconocen la realidad de su propio país tanto como el experto extranjero" (Buitrón 1954, 109).

Otro problema que presentaban los proyectos de desarrollo comunitario era el desfase entre lo que se decía que se va a hacer (prácticamente todo lo que tuviera incidencia en el desarrollo, de un modo coordinado e integral) y lo que se hacía realmente (habitualmente actuaciones de carác-

ter fragmentario y secundario):

"...todo programa que desea ser considerado como de desarrollo de la comunidad ha comenzado tratando de realizar actividades en todos los campos. Se ha pretendido ayudar a las gentes a que al mismo tiempo que mejoren sus viviendas, mejoren sus técnicas de trabajo agropecuario, sus artesanías e industrias caseras, su educación y su salud, su alimentación y sus vestidos, sus caminos y canales de irrigación, etc. (...) Esta política de querer hacer todo a la vez en el afán de observar el principio de la acción integral, de impresionar bien y de poder calificar al programa de desarrollo de la comunidad, ha dado como resultado el establecimiento de un gran número de proyectos que han pretendido y pretenden hacer mucho, pero que en realidad han hecho y están haciendo muy poco por mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades" (1965, 28).

"Entonces el problema parece radicar en la enorme desproporción entre la naturaleza de las necesidades de las comunidades y la capacidad de los programas de desarrollo de la comunidad para satisfacerlas, pues mientras las necesidades de la mayor parte de las comunidades son muchas, muy grandes, difíciles y apremiantes, los programas de desarrollo comunal que tratan de satisfacerlas carecen de la organización, del alcance, de la autoridad y de la financiación necesarias para hacer frente a semejantes problemas" (Buitrón 1965, 29).

Buenos ejemplos de esta manera de enfocar el desarrollo fueron el Programa de Misión Andina, impulsado en

Bolivia, Ecuador y Perú por la Organización Internacional del Trabajo y extendido más adelante a Colombia, Chile y Argentina (Pérez Lizaur 1968; América Indígena 1990) o los posteriores programas de Desarrollo Integral financiados por el Banco Mundial (tipo FODERUMA en Ecuador o COPLAMAR en México) (Arze 1990). La de Misión Andina fue quizás la intervención más prolongada y controvertida de todas cuantas, inspiradas en el paradigma del desarrollo comunitario, vieron la luz en los países caracterizados por la presencia de importantes contingentes de población indígena entre los años cincuenta y los setenta. Hasta qué punto y en qué medida es justo aplicarle o no las críticas vertidas por Buitrón es algo que el lector habrá de dilucidar a partir de la síntesis que de su trayectoria y realizaciones en Ecuador se ofrece en los siguientes apartados.

La gestación de la Misión Andina

Con el objetivo inicial de mejorar las condiciones de trabajo entre las poblaciones indígenas, y de acuerdo con una Resolución adoptada en su IV Conferencia Regional Americana (Montevideo 1949), la OIT creó una Comisión de Expertos que celebró su primer encuentro en La Paz (Bolivia) en enero de 1951. En esa reunión se resolvió, a instancias de los Gobiernos de Perú, Bolivia y Ecuador, apoyar el establecimiento de una Misión Internacional indigenista de asistencia técnica. En base a ello, y en colaboración con otras agencias especializadas (ONU, UNESCO, OEA y OMS), la OIT organizó en 1952 el embrión de lo que sería en el futuro la Misión Andina para visitar y estudiar sobre el terreno el problema étnico en esos tres países. Dicha Comisión, presidida por el sociólogo neozelandés E. Beaglehole, salió de Ginebra el 3 de

junio de ese año, prolongando su visita hasta el 18 de octubre del siguiente. Beaglehole fue instruido por las agencias interesadas a que "orientara su labor sobre bases estrictamente científicas e hiciera una evaluación objetiva de todas las complejas variables económicas y sociales involucradas en la vida y trabajo de grupos indígenas debidamente seleccionados" (Metraux 1953, 887).

El panorama educativo, económico y social descubierto por la Comisión fue descrito, literalmente, como de proporciones alarmantes: "un total de catorce millones de indios (en los tres países visitados) de economía autárquica, de características culturales atrasadas, prácticamente monolingües y con índices de morbilidad y mortalidad muy altos y un nivel de vida extremadamente bajo" (BI/XIII [1953], 198)⁴. Como resultado de la expedición, fue presentado un informe (aprobado por la Junta de Asistencia Técnica de Naciones Unidas en mayo de 1953) en el que se proponía un primer programa de actuación para atajar esos problemas. Se decidió asimismo que "la mejor manera de realizar las actividades sería combinar los esfuerzos y los recursos financieros de las organizaciones participantes en su ejecución, en cooperación con los Gobiernos nacionales" (Instituto Indigenista Interamericano 1963, 44). En ese programa se contemplaba la implementación de dos proyectos pilotos en Bolivia (Proyecto Jesús de Machaca-Tiahuanacu en el Altiplano y Proyecto Vacas en Cochabamba), dos más en Perú (Proyecto Puno-Tambopata y Proyecto Muquiyauyo en

4. Las referencias procedentes del Boletín Indigenista del Instituto Indigenista Interamericano aparecen referenciadas en el texto del siguiente modo: las iniciales de la fuente (en este caso BI) seguidas del volumen en que se encuentran contenidas, el año (entre corchetes) y finalmente la página

Junín), y uno en Ecuador (Proyecto Otavalo)⁵. En este último caso, "teniendo en cuenta la aptitud especial de los trabajadores indígenas ecuatorianos en labores de artesanía", la Misión se inclinó en favor de un plan de desarrollo integral del valle de Otavalo, cuyo paso inicial sería la organización de cooperativas de tejedores; al mismo tiempo que se procuraría elevar los índices de producción agrícola, crianza de ganado, salubridad pública y educación (BI/XIII [1953], 200)⁶

Desde el primer momento, es patente en las declaraciones de principios y en los informes propagandísticos elaborados al efecto el espíritu desarrollista, integracionista y culturalista de la actuación de la Misión, perfectamente en

5. Esos cinco primeros proyectos fueron en parte modificados (cambió la ubicación de los bolivianos y desapareció el de Junín, en Perú), cuajando mínimamente cuatro, tal como se desprende de la descripción de las actuaciones llevadas a cabo hasta 1956: "en Pillapi, lugar situado en la alta meseta boliviana, se encuentra el centro dedicado al desarrollo rural; en Santa Cruz, situada en las planicies de Bolivia oriental, se halla el centro de reinstalación; en la región de Puno (Perú), se trata de combinar el desarrollo de actividades rurales y de proporcionar mejores condiciones de vida a los indígenas que emigran hacia el vecino valle de Tambopata; en la zona de Quito (Ecuador), la base actual del programa descansa en el perfeccionamiento de las técnicas del trabajo de artesanía, existiendo también un programa para el desarrollo rural" (BI/XVI [1956], 112-114). En octubre de 1960 se inició un nuevo proyecto en Colombia, en la región del Cauca (BI/XXI [1961], 90).

6. En el Boletín de dos años después leemos que "el experto en artesanía Sr Schreuder ha establecido un centro donde doce maestros tejedores indígenas están aprendiendo nuevas técnicas, sin sacrificar la frescura y el atractivo de los colores y modelos tradicionales indígenas. (...) Con la venta de estos productos, que hasta ahora sólo han consumido los propios indígenas, espera incrementar las ganancias de los tejedores. Una vez que estos indígenas hayan aprendido los nuevos métodos de trabajo, volverán a sus aldeas, donde harán demostraciones de ellos. Tejedores indígenas de Bolivia serán enviados a Quito para prepararse bajo la dirección del Sr. Schreuder" (BI/XV [1955], 132)

consonancia con las teorías de la modernización de las sociedades tradicionales (y por extensión atrasadas) entonces tan en boga entre las ciencias sociales. Más allá de los problemas estrictamente técnicos consubstanciales a la agricultura campesina, se insistía hasta la saciedad, "los expertos tienen que luchar contra la ignorancia, contra una débil salud, contra la superstición a veces, y también contra las enraizadas costumbres seculares de los indígenas" (BI/XV [1955], 122).

Inicio de la actuación de la MAE en la provincia de Chimborazo: el Proyecto Piloto

El primer informe publicado que encontramos sobre el inicio de la actuación de la MAE en Chimborazo data de 1956, y su órgano de difusión fue el Boletín Indigenista editado en la Ciudad de México. En él se hace alusión al Prof. Marciano Z. Martínez, miembro de la Misión, quien informaba de que por aquél entonces el programa abarcaba a diez comunidades de esa provincia, habiéndose iniciado el trabajo por las tareas de educación rural (BI/XVI [1956], 320-322). En cierto sentido, esta referencia marca un punto de inflexión, ya que a partir de entonces las noticias referentes a la actuación en Chimborazo serán frecuentes, al tiempo que las del proyecto de Otavalo se esfumarán (todo parece indicar que éste no llegó a buen puerto)⁷. En los volúmenes del Boletín correspondientes

⁷ En substitución de ese primer proyecto ecuatoriano, la MAE organizó un taller de artesanos en Quito, también bajo la dirección del Sr. Schreuder. Así, y tal como lo glosaría J. Comas años después, "la primera base de la Misión Andina se estableció en la provincia de Chimborazo, con sede en Riobamba; además, un Centro de formación artesanal y una pequeña granja demostrativa en Guano, y el Centro de adiestramiento de técnicos y formación de dirigentes, así como la estación experimental de técnicas agrícolas en Guaslán. Un taller experimental de industria textil fue creado en Quito" (Comas 1962: 54)

a 1957 y 1958 encontramos relatos algo detallados sobre las actividades de la MAE, incluyendo información sobre su disponibilidad de personal y sus áreas de intervención. En el caso que nos ocupa, la zona escogida abarcaba unos cien kilómetros cuadrados, aproximadamente, y se ubicaba al oeste de la ciudad de Riobamba, capital de la provincia de Chimborazo⁸.

Por aquél entonces, la MAE contaba, además de con el jefe de la Misión en Riobamba, con un especialista en educación fundamental, un ingeniero agrónomo, un médico, dos profesores auxiliares especializados, un secretario, dos choferes, un carpintero, dos albañiles y, en Quito, un auxiliar de coordinación. Asimismo, y merced los recursos financieros suministrados por el Estado ecuatoriano, la Misión había becado a seis indígenas de Otavalo, dos de Salasaca y tres de Guano para formarse en el taller de tejidos de Quito. En cuanto a infraestructura material, la MAE tenía sólo tres vehículos, razón por la cual reivindicaba un aumento del presupuesto gubernamental. Con todo, los técnicos reconocían que la principal dificultad que debían afrontar era la que acarrearía su introducción en las comunidades indígenas:

"La más grave dificultad en el trabajo diario constituye el introducirse de modo eficaz y amistoso en la comunidad indígena, en razón de que se desconoce el idioma aborigen y por la resistencia del campesino a la obra de la

8 "El área ocupada por el Programa tiene esta linderación aproximada: al Norte la Carretera Panamericana, a partir de Riobamba, hasta las Cuatro Esquinas. Por el Oeste parte de la carretera que va a Guaranda y la de García Moreno, hasta San Juan y por el Sur, la carretera que sigue de Riobamba por Licán, Gatazo, formando un verdadero triángulo en el que se incluye parte de la Parroquia San Andrés, Calpi, San Juan, Licán y Cajabamba (Parroquia urbana de Sicalpa)" (Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía 1960 36-37)

Misión, debido en gran parte a su larga historia de desconfianza en las autoridades. Esta etapa dura ha sido ya superada en buena parte, pues la Misión controla las importantes comunidades de Pulinguí y Nitiluisa, por ejemplo; únicamente tiene resistencias en Cunduana y Gaushi, motivadas más bien por el incumplimiento de ofertas anteriores" (la cursiva es nuestra) (BI/XVII [1957], 316).

Con respecto a los trabajos realizados en el marco del Proyecto Piloto, sabemos que entre 1957 y 1958 la MAE había extendido su actuación en materia educativa a 13 escuelas que contaban con un censo total de 1.300 niños, de los cuales 720 iban a clases. Se habían organizado cuatro Centros de Cooperación Pedagógica, a los que asistieron 320 profesores de la provincia. En esos centros se impartían seminarios con objeto de readaptar al maestro rural "para que cumpla una función más eficaz dentro de la comunidad" a través de la exposición de "clases prácticas a los moradores de cada zona sobre temas de interés social, cultural y económico" (BI/XVII [1957], 316-318). En el campo de la asistencia sanitaria, se habían realizado varios estudios sobre el alcance de la caries y la tuberculosis, campañas diversas de vacunación, etc., así como una extensa propuesta de la necesidad de un plan piloto de nutrición (BI/XVII [1957], 320). En materia agrícola se había procedido a la distribución de 20.000 plantas de eucalipto entre las comunidades y a la elaboración de estudios sobre la posible maximización del uso del agua susceptible de ser utilizada en regadíos e introducción de nuevos cultivos (ver BI/XVII [1957], 320). Otro punto de interés del proyecto era el de modernizar la vivienda rural. A tal fin, se intentaba persuadir a los campesinos de la necesidad de mejorar la calidad de la construcción de sus

viviendas, poniendo como ejemplo las escuelas levantadas bajo los auspicios de la MAE. Se experimentaba sobre métodos de edificación más baratos y eficaces en colaboración con el Instituto Nacional de la Vivienda y la Universidad Central del Ecuador (BI/XVIII [1958], 290).

Las reflexiones críticas con respecto a las limitaciones del Proyecto Piloto, sin embargo, no se hicieron esperar. La primera de ellas vino dirigida desde el propio Instituto Indigenista Interamericano en 1959, cuando el antropólogo mexicano Juan Comas elevó al Ministro de Previsión Social y Trabajo del Ecuador un informe donde recogía algunas impresiones que le había causado la visita realizada a la Misión en agosto de 1958⁹. A juicio de Comas, la MAE carecía por aquél entonces de un plan de actuación integral. A simple vista, argumentaba este autor, "cada experto somete su propio plan al Jefe de la Misión, sin que entre ellos exista la menor coordinación para que el conjunto actúe en cada comunidad: trabajadoras sociales, maestros, agrónomo, médico, etc." De ahí la

9) El de Riobamba no fue el único proyecto visitado por Comas. En Perú, conoció el de Puno-Tambopata, donde se estaba formando a indígenas en carpintería y mecánica de automóviles. Los comentarios hechos sobre sendos talleres son demoledores: "No tengo por qué dudar de la capacidad y preparación de los expertos europeos que dirigen esta actividad, y menos aún de la excelente especialización que los alumnos adquieran durante su período de aprendizaje. Pero surge la siguiente consideración: desde luego, los indígenas que salgan con tales especialidades no tienen -a mi juicio- la menor posibilidad de trabajar en sus comunidades de origen, no se olvide que la altiplanicie de Puno, a 4.000 m., carece totalmente de recursos forestales en muchos centenares de kilómetros cuadrados. Al inquirir acerca de este punto se me dijo que irían a trabajar a Lima... y yo pienso que más lejos aún, para encontrar campo propicio a su actividad mecánica de alta especialización. Pero de ser así, su desarraigo de la comunidad es absoluto ¿Qué beneficios obtiene ésta de lo que sus miembros hayan aprendido y utilicen para ganar la vida en lejanos parajes?" (Comas 1959, 176)

dificultad de lograr resultados "proporcionados al esfuerzo realizado, si no se aborda el problema con ese carácter integral entre las distintas actividades del Programa, siendo el común denominador el aspecto antropológico cultural" (1959, 172). Otros problemas que hipotecaban seriamente la eficiencia de la Misión apuntados por Comas, y que fueron también detectados y denunciados por el Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía (IEAG) en 1960, eran los derivados de la dispersión de las comunidades sobre las que se actuaba, de su escasa representatividad desde el punto de vista de las condiciones de vida y la problemática de la población indígena y, acaso más preocupante todavía, de la presencia escasa e intermitente del personal técnico sobre el terreno:

"El plan incluye en estos momentos 26 comunidades en la zona de Riobamba, con gran dispersión territorial. La realidad a ese respecto es que los técnicos y expertos de la Misión viven en Riobamba y en atención a su número, a las distancias y medios de transporte, su presencia en las distintas comunidades puede calificarse de esporádica o en ciertos casos limitada a un número reducido de estas 26 comunidades incluidas en el Proyecto. Es evidente que al hacer el balance de la labor realizada se obtendrán resultados muy inferiores a los que pudieran lograrse, si la zona del proyecto piloto fuera más restringida y por lo tanto se concentrara la labor conjunta en pocas comunidades, haciéndose por tanto más intensa.

'A ese respecto cabe preguntarse. ¿No hubiera sido más conveniente, a los fines de un proyecto piloto de esa índole, buscar comunidades más típicamente indígenas?

Creo que en muchas de la actual zona de la Misión existe ya un proceso previo de aculturación que aminora las dificultades de trabajo. A nuestro juicio debieron precisamente buscarse para el ensayo las comunidades indígenas más difícilmente abordables; de este modo la labor de los expertos, sus técnicas y métodos en todas sus actividades podrían servir en lo futuro para ampliar su acción a otras del país en la seguridad de que estarían ya vencidos los obstáculos inherentes a todo proceso de aculturación¹⁰. Pero aún siendo la zona del proyecto más reducida, creemos que la acción de la Misión no puede limitarse a su presencia en las comunidades a determinadas horas, viviendo el resto del tiempo en Riobamba. El ejemplo de las trabajadoras sociales que residen en la comunidad debería ser seguido por toda la Misión. Precisamente la convivencia permanente, a todas horas, el ejemplo del modo de vida de los componentes de la Misión, su trato directo con los indígenas, serían un elemento muy valioso

10. Vale la pena traer aquí a colación las consideraciones hechas al respecto por el IFAG, complementarias de las constataciones de Comas: "Por los estudios e investigaciones de carácter integral, realizados por el Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía, durante un periodo de cinco años, hasta 1956, sabemos que la población indígena del Chimborazo era de 108.282 habitantes. Si sacamos la relación porcentual, apenas el 5,4% de ésta se halla atendida por la Misión, en tanto el 94,6%, sigue la misma suerte de mitayos y huasipungueros de hace cuatro siglos" (1960, 38-39). La conclusión no podía ser otra que la de echar en cara a la MAE la discriminación con la que había actuado al delimitar su zona de actuación: "En las zonas propiamente Indígenas, donde el elemento tradicional es abrumadoramente superior, la Misión ha pasado por alto, dejando que los problemas humanos y geográficos sigan su curso quizá hasta que la rehabilitación del grupo indígena sea imposible. Sospechamos que a los personeros de la Misión Andina esta realidad les aterra, inclusive creemos que existe un terror infundado, porque se ha dicho y se continúa diciendo que esos indios son 'bravos'. ¿Puede justificarse este temor en una Misión Indigenista, si el trabajo requiere de abnegación, sacrificios y conocimiento?" (1960. 40-41)

para lograr los resultados que se desean" (la cursiva es nuestra) (Comas 1959, 173).

A estas dificultades había que añadir, como colofón, el desconocimiento de la lengua indígena por parte de los miembros de la MAE. Y es que, definitivamente, no parece razonable que "un Proyecto de tipo integral en el campo de la aculturación y mejoramiento socio-económico entre comunidades aborígenes pueda realizarse sin que los expertos y técnicos conozcan no sólo perfectamente el idioma nacional, sino también el idioma nativo". En la medida, pues, en que "el personal de la Misión Andina de Riobamba desconoce" este último, "su labor en consecuencia es deficiente" (Comas 1959, 173-174). También en este punto el IEAG apuntaba, no sin una cierta dosis de ironía, que "tal vez están seguros [los de la Misión] de la necesidad del idioma y para que no se piense en el profundo error de penetrar sin dominarlo, situaron sus centros de trabajo (...) en el área de muy bajo porcentaje indígena" (1960, 42).

A partir de esas consideraciones, Comas hacía una triple propuesta a la MAE: la elaboración urgente de un plan integral conjunto de actuación; la restricción del área objeto de intervención a un espacio más reducido y culturalmente homogéneo a fin de conseguir mejores y más representativos resultados; y hacer lo necesario para que la alfabetización se fundamentase en la utilización del método bilingüe, para lo cual era ineludible el conocimiento del quichua. Esto último, además, facilitaría el contacto y aumentaría la eficacia del programa. De lo contrario, es posible "que los resultados obtenidos sean muy inferiores a la inversión hecha tanto en dinero como en energía y

tiempo" (1959, 175).

Volviendo al plano más general, el gran escollo que arruinó -tanto en Ecuador como en Bolivia y Perú- a los primeros programas de Misión Andina fue, a los ojos de sus evaluadores, su incapacidad para aprovechar adecuadamente las enseñanzas vertidas por la antropología aplicada de la época. Como señalara años después A. Villa Rojas, en ninguna de las regiones seleccionadas en los Andes "se llegó a consolidar nada concreto que estuviese a la altura de lo programado" (1971, 27) No en vano, apostillaba ese autor, "lo primero que salta a la vista al repasar el modo de proceder que se siguió" en los proyectos piloto, "es la falta de adecuado criterio antropológico que hubiese permitido orientar o, por lo menos, coordinar la acción de los diversos especialistas en asuntos de agricultura, artesanías, educación, salubridad, etc., en forma tal que los programas se hubiesen ido acoplado a la naturaleza cultural de la región y, además, evitar desvíos en el propósito central del proyecto" (1971, 29)¹¹.

Ampliación de las zonas de intervención y definitiva nacionalización de la MAE

En poco tiempo se amplió el área de actuación de la MAE en aras, cómo no, de la incorporación final, masiva y acelerada del campesinado ecuatoriano al desarrollo general del país (MAE 1966, 184). En palabras de Gonzalo Cordero Crespo, a la sazón Ministro de Previsión Social y

11. Para una glosa de los más que mediocres resultados obtenidos por el Proyecto Piloto implementado en Bolivia, concretamente en la comunidad de Pillapi, ver Leonard (1966, 18-19), así como Villa Rojas (1971, 27-29)

Trabajo del Ecuador.

*"De acuerdo al criterio del Gobierno y del Director General Adjunto de la OIT, la Misión Andina ha elaborado el "Plan Nacional de Incorporación del Campesino", que establece los lineamientos generales de la actividad futura del Estado en el medio rural, en coordinación con una mayor ayuda económica y asistencia técnica de los organismos internacionales interesados en el programa, para resolver la 'cuestión indígena' por los cauces normales de la administración nacional y la asistencia técnica. (...) Dicho Plan contempla la extensión del trabajo de la Misión Andina en escala nacional, y ha sido elaborado para llevarlo a la práctica en el tiempo de seis años. Anualmente se harán evaluaciones completas del trabajo, y a los cuatro años se realizará una evaluación general que permita determinar las condiciones bajo las cuales se tendrá que planificar la solución completa de la integración del campesino en toda la Sierra y las posibilidades de extender el trabajo a otras regiones del país, adecuándolo a sus características pecu-
liares y a las necesidades de cada una de ellas" (BI/XVIII [1958], 292-294).*

Ese Plan de Integración Nacional, definitivamente aprobado por el Gobierno en 1959, contemplaba la división del país en tres regiones, cada una de las cuales contaba con una o varias zonas de actividad en aquellos lugares de población indígena más densa. Todas las áreas disponían de un equipo compuesto de un coordinador, un agrónomo, un especialista en educación fundamental, un médico y un asistente social. En 1960 había seis zonas de trabajo en funcionamiento, una en el norte, dos en el centro y tres en el sur (BI/XXI [1961], 90) De este modo en los inicios de

la década de los sesenta, la MAE ya había ampliado su radio de acción a un total de 161 comunidades, tal como refleja el cuadro siguiente:

Magnitud de las actividades de la MAE en 1961

Provincias	n° comunidades	Población influenciada	
		directamente	Indirectamente
Chimborazo	58	40.000	140.000
Azuay	16	10.000	25.000
Cañar	18	12.000	45.000
Imbabura	37	20.000	60.000
Loja	17	12.000	15.000
Tungurahua	15	12.000	45.000
TOTAL	161	106.000	330.000

Fuente: Misión Andina en el Ecuador: Resumen de actividades de mayo de 1956 a abril de 1961. Actualizado al 31 de diciembre de 1961. Documento 61/2 de la Oficina de la Misión Andina en Quito, sin fecha.

La ampliación de las áreas de influencia, y la consiguiente mayor dotación de fondos, redundaron en una notable aceleración de las actividades de la MAE, especialmente en los rubros de asistencia sanitaria, vivienda, educación, formación de personal y, muy especialmente, desarrollo de la comunidad, verdadero eslogan y alma mater de su intervención en el medio rural:

"En el Ecuador, el Programa Andino ha dedicado especial atención a la organización de las comunidades indígenas a fin de encauzar sus actividades encaminadas a la realización de obras de asistencia colectiva y mejoras. El primer paso en este sentido ha sido dotar a las comunidades de una condición jurídica, bajo la protección de la ley de comunas y el estatuto jurídico de las comunidades rurales, vigentes en el país. (...) El Programa ha logrado señalados éxitos en lo relativo a la organización de las

comunidades, organizando elecciones democráticas y libres para constituir los 'cabildos'. En el pasado, la elección de 'personeros' (representantes de la comunidad) se ha visto influenciada a menudo por las autoridades civiles o religiosas o por personas ajenas a la comunidad. A fin de asegurar la eficiencia y continuidad de los planes de desarrollo de la comunidad y para reforzar las dependencias locales del Gobierno, el Programa ha procedido a impartir formación a dirigentes. Mediante cursos de formación para los miembros de los 'cabildos' se enseñan a los dirigentes métodos adecuados para permitirles encauzar el trabajo y los recursos de la comunidad hacia el bienestar social. (...). [De este modo], A través del gobierno comunal, el 'cabildo', ha sido posible la realización de proyectos de interés colectivo. Merced al esfuerzo de las propias comunidades y a la ayuda y consejo del Programa, los campesinos han construido caminos de acceso, puentes, iglesias y centros comunales, locales escolares, plazas, campos deportivos, etc." (Instituto Indigenista Interamericano 1963, 52)

En lo referente al tema de la salud pública, el objetivo planteado por los expertos de la Misión no era otro que la penetración "de la medicina moderna en las comunidades indígenas, en reemplazo gradual del curanderismo tradicional practicado por hechiceros o curanderos empíricos"; un reemplazo que se consideraba "un notable progreso en materia de educación sanitaria y defensa de la salud" (1963, 44). Se incidía asimismo en el "mejoramiento ambiental", entendido éste como la implementación de "campanas de dedetización a viviendas y personas, la construcción de letrinas, la apertura de pozos para el agua

potable y la modernización de los habitáculos" (1963, 45)¹² Con respecto a la vivienda rural, el Programa Andino puso en marcha, con la participación de la Caja Nacional de Reconstrucción y el Instituto de la Vivienda, un amplio plan de construcción en la región de la sierra. Gracias a él, a finales de 1961 se habían concluido 110 casas campesinas que suponían, para los técnicos, "un enorme adelanto en relación a la vivienda indígena tradicional" (1963, 53-54).

La capacitación de personal nacional era, en otro orden de cosas, una de las prioridades de la MAE, habida cuenta de

12 "En el Ecuador existe en el equipo de trabajo de cada zona un médico cuya función primordial es prestar atención a los enfermos de las comunidades, disponer el traslado de los casos graves a los hospitales, aconsejar a los campesinos indígenas sobre las medidas de higiene que deben adoptar para prevenir enfermedades y contagios: canalización de aguas, uso de letrinas, baño, etc. (...) En colaboración con el SCISP (Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública), se realiza un programa de instalación de letrinas en las comunidades campesinas. La enseñanza de higiene y nutrición ha sido incluida en los programas de las escuelas situadas en las zonas de trabajo. (...) En colaboración con el Ministerio de Educación Pública (...) se inició un plan de educación y mejoramiento nutricional; en él se contempla el establecimiento de 30 escuelas nucleares de ciclo completo junto a las cuales se formará un huerto y una granja y se proporcionará el almuerzo a los alumnos. En las diversas zonas, se lleva un control de peso y estatura de los alumnos de las escuelas y se realizan campañas contra el *parasitarismo intestinal*. (...) Con el propósito de preparar el ambiente para la realización de este programa, se organizó un curso de nutrición y salud pública para maestros rurales al que asistieron cuarenta maestros procedentes de las diferentes provincias de la sierra. Este programa se inició en las dos escuelas nucleares que funcionan en la zona de Chimborazo () Aspecto muy importante del servicio médico sanitario es la formación de auxiliares de enfermería entre la gente de la comunidad. En la zona de Imbabura cuatro muchachas indígenas han cumplido su entrenamiento y obtenido diplomas en los hospitales y centros de salud y se encuentran a cargo de los puestos de primeros auxilios en sus respectivas comunidades Igual programa de entrenamiento se ha iniciado en las zonas de Azuay y Loja" (Ibídem 46-47)

que "es ésta una condición esencial para que la ayuda de las organizaciones internacionales pueda ir disminuyendo progresivamente y se amplíen las actividades bajo la responsabilidad ejecutiva de los gobiernos". Del mismo modo, se consideraba trascendental formar paralelamente "un número suficiente de dirigentes indígenas (...), promotores sociales y personal auxiliar, con objeto de movilizar los recursos humanos y materiales de la comunidad desde el interior" (1963, 63). Con respecto a los promotores, se llevaron a cabo cursos para maestros de escuela rurales en Quito desde 1956; cursos frecuentados por grupos oscilantes entre 30 y 45 matriculados. Por otra parte, y gracias al establecimiento de un Centro para la Formación de Técnicos en Guaslán (Chimborazo) en 1959, se adoc-trinó en materia de trabajo con grupos indígenas a agrónomos, médicos, asistentes sociales, maestros e incluso, en cursos especializados, al clero y a los funcionarios del gobierno local, "a fin de que pudiesen darse cuenta de los problemas peculiares de la población indígena" (1963, 67). Es destacable por último en el rubro educativo la construcción de más de 80 escuelas para finales de 1962, así como la organización de "campañas de alfabetización en las diversas zonas de actividad en relación con las cuales el Programa ha asesorado a los maestros sobre métodos de enseñanza y ha suministrado lámparas" (1963, 61).

Finalmente, el Decreto Supremo n° 193 de 30 de enero de 1964 integró a la MAE dentro de la estructura del Estado ecuatoriano, convirtiéndola, a través de su definitiva nacionalización, en el verdadero agente ejecutor del Programa Nacional de Desarrollo Rural (MAE 1964, 2-3)¹³

13 A pesar de las intenciones, el Programa todavía se movía en las magnitudes de la primera mitad de los sesenta, afectando intensamente a 161

Los trabajos de la nueva MAE merecieron, esta vez sí, los elogios de no pocos evaluadores que conocieron de cerca los logros aparentes de esta segunda etapa de actuación. Aquí vale la pena citar de nuevo al antropólogo mexicano A. Villa Rojas quien, en calidad de Director del Departamento de Investigaciones Antropológicas del Instituto Indigenista Interamericano, y tras un viaje de diez semanas de duración (entre octubre y diciembre de 1966) a través de Bolivia, Perú y Ecuador, llegó a la conclusión de que, en el caso concreto del Ecuador,

"La empresa de más relieve que en materia de acción indigenista se ha venido realizando en el país a partir de 1954 es, sin duda, la encomendada a los expertos de la Misión Andina en cooperación íntima con funcionarios del Gobierno ecuatoriano. Esta cooperación se hizo mejor estructurada en febrero de 1964, al quedar esa institución bajo la dependencia directa del Gobierno Nacional a través del Ministerio de Previsión Social y Trabajo. Los expertos de la Misión han quedado en su función de asesores, así como de técnicos especializados. (...) Se ha creado un Consejo Técnico con el propósito de articular la acción indigenista dentro de un Programa Nacional de Trabajo que ha de preparar la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, en coordinación con otras Agencias gubernamentales y de Asistencia Externa. Dentro de esa estructura perfectamente ensamblada, la obra indigenista queda ya debidamente orienta -

...comunidades de la sierra (5 en Carchi, 38 en Imbabura, 17 en Cotopaxi, 20 en Tungurahua, 51 en la zona norte y central de Chimborazo, 6 en la zona sur de Chimborazo. 14 en Cañar y 10 en Loja (Saraguro)

da y unificada, evitándose con ello la dispersión de fondos, energía y tiempo" (la cursiva es nuestra) (Villa Rojas 1966, 84)¹⁴

Realmente, desde su nacionalización en 1964, la Misión Andina se consolidó como el intento más sólido, serio y planificado de llevar adelante por parte del Estado ecuatoriano una verdadera política de asimilación y adecuación de amplias áreas campesinas a los requerimientos del desarrollo global de las estructuras económicas del país. Un intento ciertamente ambicioso que, sin embargo, de inmediato se quedó pequeño en relación a las necesidades y las demandas reales de la sociedad rural. No es casual, de hecho, el declive en las actuaciones de la MAE constatable en los primeros años setenta, justamente cuando las luchas por la tierra y la definitiva promulgación de una nueva ley de reforma agraria en 1973 pusieron sobre el tapete uno de los verdaderos nudos gordianos del (sub)desarrollo agrario del país: el de la inequitativa distribución de la propiedad rústica.

Los controvertidos resultados de la actuación de Misión Andina en Ecuador

Las críticas vertidas sobre las realizaciones de Misión Andina en esta segunda etapa son bastante numerosas, y

14 . Ese mismo año de 1966, ni más ni menos que el propio Gonzalo Aguirre Beitrán hizo un recorrido de 11 semanas por los Andes, pasando todo el mes de febrero en Ecuador. Su visita a las bases que la MAE tenía en Riobamba, Ambato, Cotopaxi, Tungurahua y Otavalo "dieron la mejor impresión en el ánimo del visitante, quien considera que la labor que viene realizando la Misión Andina en el Ecuador es de tal calidad que puede contarse entre las mejores que en ese campo se están desarrollando en América del Sur" (Ibídem 87).

permean buena parte de las publicaciones del momento sobre desarrollo rural. De entre todas ellas nos parecen remarcables, por su extensión y consistencia, las sistematizadas por H. Burgos en varios trabajos (1968 y 1970); por A. Dubly y E. Oviedo en un informe evaluatorio realizado a instancias de la propia MAE (1969); y por A.D. Marroquín en su célebre y tantas veces citado Balance del indigenismo (1972).

En un sugerente artículo sobre el cambio tecnológico en las comunidades indígenas serranas, el antropólogo H. Burgos hacía en 1968 una serie de reflexiones sobre los límites de la intervención de la MAE a tenor de su experiencia de campo en Riobamba¹⁵; unas reflexiones tremendamente críticas con la forma en que actuaban los técnicos de la institución, aunque no con el fondo de la iniciativa:

"El trabajo desarrollado por la Misión Andina del Ecuador como factor de cambio dirigido, bien parece que ha tenido más éxito en la zona de mi estudio (comunidades de Riobamba) cuando se ha tratado de comunidades campesinas de cultura nacional. En ellas se ha ayudado a la gente a reconocer sus problemas y estimulado a participar en su solución. Hay evidencias que un gran sector de este tipo de anejos mestizos y aun en aquéllos suma -

15 . De las últimas generaciones de indigenistas ecuatorianos, Hugo Burgos representa junto a Gladys Villavicencio, la influencia de la antropología y el indigenismo mexicano en el Ecuador de los años setenta. Estudió antropología en México (Escuela Nacional de Antropología e Historia) y, bajo la dirección de Aguirre Beltrán, realizó su conocida investigación sobre relaciones interétnicas en Riobamba, publicada por el Instituto Indigenista Interamericano en 1970 (segunda edición en 1977)

mente aculturados existe un declarado interés por las tareas de mejoramiento, particularmente en la construcción de obras materiales de tipo infraestructural (escuelas, unidades-agua, postas sanitarias, letrinas, etc.) así como la limitada aceptación de la medicina curativa, extensión agrícola, servicio social y adiestramiento, lo cual a veces ha sido aprovechado con relativo éxito. (...) Pero en donde está el grueso de las comunidades indígenas monolingües en alto grado y aparentemente cerradas a los programas de cambio, los programas de MAE han pasado desapercibidos a la gente o han recibido una gran oposición, incluyendo serias amenazas de muerte contra sus funcionarios" (las cursivas son nuestras) (1968, 237)

Para Burgos existía toda una larga serie de factores limitantes en la forma de funcionar la Misión, de entre los cuales son destacables, sintetizando mucho, el "desconocimiento de la situación intercultural" de las zonas en que se intervenía, hecho que explica "la atención poco diferenciada" que se daba a los indígenas; la insuficiencia del tiempo de trabajo de los equipos en las comunidades (sólo de 1 a 4 horas cada 8 ó 15 días); la permanente radicación urbana de los profesionales, así como la "relativa tendencia burocrática de los mismos"; su falta "de acercamiento e integración" a los problemas de los beneficiarios; la inexistencia "de una conformación armónica en las relaciones sociales de los funcionarios del proyecto, que fomenta(ba), a veces con rigor, las suspicacias, los recelos mutuos y la prepotencia"; la notoria carencia de investigaciones en antropología aplicada, la "excesiva dispersión de esfuerzos en varias provincias del país, en lugar de concentrarlos en una o dos, con el fin de obtener resultados más significativos" y, para acabar de adobar el

panorama, el "predominio del aspecto político sobre el aspecto técnico en el nombramiento de los altos directivos del proyecto en base a la 'amistad' o el compromiso político" (1968, 237-238).

Dadas las circunstancias, se preguntaba Burgos, ¿cómo introducir el cambio sin producir desorganización?... De las sugerencias que apuntaba, hay dos muy subrayables: la de revisar el propio concepto de desarrollo de la comunidad, puesto que al no existir la comunidad aislada es menester tomar en consideración sus niveles de integración en espacios regionales; y la de adaptar el trabajo indigenista a la situación local y regional, para lo cual proponía que los equipos técnicos residieran por algún tiempo en las comunidades, que los trabajadores de campo fueran de primera línea y estuvieran bien remunerados y que se fusionaran las dos principales instituciones que operaban en el medio rural -el Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC) y la Misión Andina-, "porque los problemas del indio no tienen esta compartimentación sino que son integrales". Como colofón, introducía algunas reflexiones interesantes a la luz del desarrollo ulterior de los acontecimientos, ya que advertía de la necesidad de respetar el modo de actuación consuetudinario de los indígenas, y más en un contexto caracterizado secularmente por la desconfianza de éstos hacia las iniciativas "filantrópicas" venidas de fuera (1968, 231)¹⁶.

16 De las últimas generaciones de indigenistas ecuatorianos, Hugo Burgos representa junto a Gladys Villavicencio, la influencia de la antropología y el indigenismo mexicano en el Ecuador de los años setenta. Estudió antropología en México (Escuela Nacional de Antropología e Historia) y, bajo la dirección de Aguirre Beltrán, realizó su conocida investigación sobre relaciones interétnicas en Riobamba, publicada por el Instituto Indigenista Interamericano en 1970 (segunda edición en 1977).

Posteriormente, en Relaciones Interétnicas en Riobamba (1970), Burgos ofrece ampliamente desarrollados dos ejemplos que ilustran las aseveraciones anteriores: el por qué de la oposición indígena en Chimborazo a la apertura de caminos por parte de los técnicos de la MAE y el por qué al rechazo a la escolarización de sus hijos. Con respecto al primer tema, el autor explica cómo Misión Andina hizo hincapié "...en el uso de las mingas para la construcción de escuelas, lavanderías, caminos de penetración, etc., en anejos de indios bastante aculturados, que es donde los resultados son satisfactorios". Sin embargo, en las comunidades parroquiales con importantes porcentajes de población quichua (Licto, Flores, Cebadas, Pungalá, o Punín), los comuneros "se han opuesto tenazmente a las mingas sugeridas por el mencionado organismo de desarrollo comunal, a veces con justificada razón"

"El lado flaco de las mingas indígenas organizadas por Misión Andina radica en el desconocimiento cultural y la estructura de relaciones sociales a nivel de la comunidad parroquial. Erróneamente se cree que el anejo es la comunidad indígena, y que es por tanto una entidad aislada del contexto parroquial, a donde deben llevarse caminos de penetración. Aparentemente esto parece lógico desde el punto de vista de nuestra propia cultura, pero no es así tomando en cuenta la estructura de relaciones interétnicas que entrelaza a todos los anejos con su respectiva cabecera de la parroquia rural. Con grandes esfuerzos se logra construir el camino de penetración hacia el anejo, pero una vez concluido no siempre es utilizado por los indios ni por los mestizos; incluso son numerosas las brechas abiertas con tractor que han quedado abandonadas

para siempre

¿Qué ha ocurrido con las mingas y el camino? En primer lugar, la ruta o dirección del camino ha sido impuesta por los directivos e ingenieros (.) sin adentrarse en el aspecto social. Se cree innecesario saber cómo operan la economía de subsistencia y los intereses económicos de los mestizos y de los miembros del anejo, mucho menos las funciones socioculturales que va a desarrollar tal innovación infraestructural. 2) El camino construido corta y perjudica los terrenos de cultivo de los indios, pero se cuida de afectar, llegado el caso, las propiedades vecinas de los mestizos. 3) No siempre se indemniza a los indios que perdieron sus terrenos debido al camino, por lo cual ellos prefieren oponerse a este signo de progreso material. 4) Con el camino de carro llegan los revendedores, comerciantes, vacunadores, guardas de estancos de aguardiente, evaluadores de terrenos y más que todo, el ejército y la policía, que tienen un largo historial en la región para sofocar las rebeliones de los indios. Estos funcionarios a más de cumplir sus obligaciones para con la sociedad mestiza regional, a menudo han abusado y extorsionado al indio con multas ficticias, robos de gallinas y cuyes, violaciones de mujeres, vejámenes físicos y aun muertes, que han quedado impunes en repetidas ocasiones. Ante esta situación, el indio prefiere que los revendedores, comerciantes y chicheros, no sean mestizos, sino indios ricos de su propia comunidad parroquial o celular (de los males el menor), y se oponen al camino ideado por los funcionarios del desarrollo. (.) 5) Cuando se considera ineludible la construcción de una brecha para transporte motorizado, los indios del anejo en cuestión trazan sus propias brechas, bien o mal niveladas, y construyen el camino a base de sus propias mingas (en ocasiones apoy

adas por sacerdotes progresistas de la comunidad), de la manera más espontánea y observando los cánones rituales que incluyen la bebida de la chicha" (1970, 173-174).

Sobre el espinoso tema de la escolarización, Burgos explica que, si bien es cierto que las iniciativas en este sentido de la MAE fueron muy bien recibidas por parte de los campesinos mestizos, también es verdad que "la educación formal es rechazada o mirada con indiferencia por la población corporada en los anejos indígenas". En el caso de Licto, sin ir más lejos, "los indígenas tenían ofrecido no aceptar a la Misión Andina, y en momentos de embriaguez han jurado matar a tales funcionarios, de modo que esto no ha permitido un entendimiento amistoso entre los técnicos, los indios y muchos anejos como éstos han permanecido abandonados" (1970, 331): "Los profesores, la Misión Andina es malo y no hay que recibirles. 'No necesitamos a la profesora. Así hemos vivido siempre. ¿Para qué necesitamos a esta chola desgraciada...?', habían colegido los indios" (1970, 333). Una vez más, la razón de fondo de ese rechazo se ubica en el modelo educativo implementado por la MAE:

"El mayor problema es el idioma nativo. La buena disposición para el trabajo de los maestros se ve obstruida porque son diferentes los medios de comunicación para captar el mundo por parte de los niños indios. No debe ser una justificación el que los mayores tengan un bilingüismo incipiente por sus contactos con la urbe. Adultos y niños siguen pensando y captando la realidad en el idioma quichua. Cualquier investigación de profundidad concluiría que alfabetizar a los niños en castellano, como el mejor

medio para que lo dominen, no es más que una ilusión ideológica -y a veces un prejuicio-, si en realidad los indios están obligados a volver a sus grupos parroquiales para pagar las deudas y sobrevivir; acogerse a los beneficios de la reciprocidad, cooperación y redistribución que le ofrece su grupo nativo para contrarrestar la insuficiencia de capital, dentro de lo cual se necesita hablar el quichua (...). Si los fines de la educación nacional contemplan la asimilación cultural del grupo sojuzgado, tendrían que romperse primero los mecanismos del colonialismo existente, antes que se deje de aprender y pensar el idioma nativo que todavía los protege" (1970, 336-337).

En este punto, las observaciones de Burgos coinciden con las de A. Dubly y E. Oviedo (1969) quienes apuntan también que, a pesar de que existían escuelas (con frecuencia mal equipadas, pero escuelas al fin y al cabo) en casi todas las comunidades atendidas por la MAE, era recurrente detectar fallas en los programas educativos derivadas de la falta de interés por parte de un profesorado mal pagado y poco motivado y, en última instancia, de la escasa coordinación de la Misión con el Ministerio de Educación. De hecho, la MAE estaba al margen de la organización y ejecución de la educación dispensada en sus áreas de influencia. No tenía capacidad de incidir ni en la "selección, formación pedagógica de los profesores; espíritu, contenido y ejecución de los programas escolares", ni mucho menos en la "preparación e integración del profesor a los programas de ayuda a la comunidad". De esa manera, aceptando su inhibición de las actividades educativas, Misión Andina renunció "a una de sus más importantes responsabilidades para el desarrollo de la comunidad actual y futura" (1969, 21).

Por lo demás, el informe de Dubly y Oviedo, redactado en agosto de 1969, es absolutamente demoledor en sus apreciaciones y muy ilustrativo de lo que había sido el devenir de la MAE en una visión de conjunto. Es, quizás, el balance más completo y más crítico de todos cuantos se realizaron por aquellos años¹⁷. Más allá de las indicaciones mencionadas sobre la cuestión educativa, estos autores ponían de manifiesto el carácter respetuoso de la Misión para con la estructura de propiedad de la tierra vigente en el país antes de las reformas agrarias¹⁸, así como su excesiva timidez a la hora de combatir la discriminación que sufrían los indígenas por parte de los mestizos. En este asunto, se reconocía que la MAE era "de una discreción y reserva notables"; una actitud sin duda explicable por la dificultad que entrañaba, pero en ningún caso prescindible desde la óptica de la praxis indigenista (1969, 17).

A pesar de los esfuerzos realizados, el total de población atendido por Misión Andina continuaba siendo tremendamente pequeño en relación a las necesidades de la

17 . Por razones de tiempo, el estudio se limitó a una muestra de comunidades (51 en total) ubicadas en las provincias de Imbabura, Cotopaxi y Chimborazo Norte.

18 . Así, en efecto, y a pesar de que en el convenio básico de 1957 se especificaba que dicho organismo "estudiará las posibilidades e informará sobre las medidas más aconsejadas para permitir a los indígenas que carecen de tierras el acceso a la propiedad agrícola", lo cierto es que fue más bien escaso lo hecho en esa dirección. En el mejor de los casos, se recordaba desde la MAE la necesidad de un mayor acceso al factor tierra por parte de las comunidades indígenas, y se presentaba a su proyecto de integración del campesinado como una "preparación" a ese hipotético acceso; "Preparación indirecta, ya que la Misión Andina no tiene ningún programa específico al respecto. Tampoco hay preparación para los que tienen que emigrar a la ciudad, o a las zonas de colonización" (1969, 16).

sociedad rural¹⁹. Y no solamente eso, sino que, con demasiada frecuencia, esa institución se esforzaba por introducir insumos agrícolas entre los campesinos asistidos (siguiendo fielmente los preceptos de la revolución verde) y, una vez creado el hábito y la necesidad, constataba que no podía satisfacer todas las expectativas generadas, interrumpiendo la ayuda financiera y, con ella, el suministro de esos insumos (1969, 41). En el marco de las actividades productivas, Dubly y Oviedo subrayaban además que en lugar de una deseable forestación protectora y productora, la MAE había procedido, en el mejor de los casos, a una escasa arborización (1969, 38); y que no intervenía sino marginalmente en la organización de la comercialización, ni prestaba a los artesanos de las comunidades la ayuda técnica y comercial requerida (1969, 43). También consideraban escasos los resultados obtenidos con el programa de fomento de la vivienda, tan magnificado, como vimos, por la institución²⁰; así como los avances en la alimentación de las familias, que tenían "su limitante principal en el estancamiento de la producción de las

19. En las zonas estudiadas, la MAE trabajaba con una pequeña parte de las comunidades: 101 en Chimborazo de un total de 439 (23%), 26 en Cotopaxi de un total de 413 (6%), y 55 en Imbabura de un total de 157 (35%); cifras que representaban, respectivamente, al 22%, 13% y 31% de la población rural provincial (1969, 28-29). Según cálculos de A.D. Marroquín, la MAE benefició a lo sumo a un quince por ciento de los indígenas serranos "y además, se ha señalado que tales beneficios se hicieron a un costo elevadísimo" (1972, 174).

20. "Referido al número total de las viviendas existentes en las comunidades atendidas (inclusive las abandonadas), el número total de créditos concedidos para mejoramiento y construcción de viviendas es muy bajo: 6,3% en Imbabura, 3,6% en Chimborazo, 1,3% en Cotopaxi. Los mejores sectores no superan el 20%. Aún si se duplicaran los promedios zonales para tener en cuenta las viviendas mejoradas sin crédito (lo que constituye una aproximación muy favorable), la proporción quedaría baja: menos de una casa de cada cinco en Imbabura, de cada ocho en Chimborazo, de cada treinta y cinco en Cotopaxi. En Chimborazo tres de cada cinco comunidades, en Imbabura una de cada tres, no han aprovechado el crédito para vivienda" (1969, 49)

sementeras y huertos, del ganado menor y de los animales de corral": "Es en parte por eso, sin duda, que las explicaciones y demostraciones al respecto no encuentran mucho entusiasmo de parte de las mujeres, ni mucho afán de parte de la trabajadora social, excepto en unos caseríos mestizos. Es probable que se haya podido introducir nuevos alimentos y nuevas maneras de prepararlos, pero para pocos productos, pocos hogares y poco tiempo" (1969, 54). Si a eso añadimos las deficiencias del servicio médico²¹, el balance final no podía ser, a pesar de todo, más ponderado:

"De una manera general, la MAE ha conseguido resultados positivos en el desaislamiento de los caseríos, el mejoramiento principiante de la técnica agrícola, la utilización conveniente del crédito, la distribución del agua de consumo, la escolarización de los niños, el mejoramiento del vestido, las actividades recreativas y deportivas, la organización de grupos y la organización de líderes jóvenes, los contactos entre comunidades. La MAE ha conseguido solamente efectos parciales en el mejoramiento de la vivienda, la utilización de los servicios de salud, el abastecimiento de productos de consumo. La MAE ha hecho o conseguido poco o nada en la ampliación de recursos de tierra y agua de riego, la comercialización de los productos, la tecnificación de la artesanía de producción o de servicios, la preparación a la migración, la

21 La presencia de los profesionales del ramo (médicos, enfermeras, dentistas) en las comunidades solía decepcionar las expectativas despertadas, en buena parte debido a la escasez de personal: 1 médico a medio tiempo por cada 26 comunidades en Chimborazo. 17 en Cotopaxi y 60 en Imbabura. 1 dentista a medio tiempo por cada 52 comunidades en Chimborazo y 60 en Imbabura. y 1 enfermera u obstetriz por cada 26 comunidades en Chimborazo. 17 en Cotopaxi y 30 en Imbabura (1969. 55-58)

economía doméstica y la alimentación, la educación de adultos y la capacitación profesional, la promoción de cooperativas, la erradicación del robo y del alcoholismo" (1969, 71).

Como sucediera en su día con el Proyecto Piloto, era la inexistencia de investigación previa el elemento que, a los ojos de A.D. Marroquín, estaba en la base del alcance limitado de las iniciativas de la MAE²². El testimonio de este autor es tanto más valioso en cuanto es el último de los que fueron auspiciados desde el Instituto Indigenista Interamericano y porque denota un reconocimiento implícito del fracaso relativo del paradigma del desarrollo de la comunidad como guía indiscutible de las políticas indigenistas:

"En agosto de 1970, cuando visitamos la Misión Andina, se vivía un momento realmente crítico: se imponía un viraje importante en la obra de la Misión, según sus dirigentes, se había llegado a una situación en que ya no se podía seguir haciendo más, pues lo poco que se había hecho tenía un costo realmente elevado. Es hasta entonces que se empezaron a dar cuenta de la importancia de la investigación previa, pues se trataba de pasar de una política de desarrollo de la comunidad a una política de desarrollo por zonas o regiones, (.....) La crisis se presenta pues, por el fracaso, en perspectiva histórica, de la política de desarrollo de la comunidad y la necesidad de cambiar radicalmente hacia el desarrollo de la región" (la cursiva es nuestra) (1972, 174-175).

22 "La Misión no tiene que hacer estudios, debe actuar". Esa era la máxima que preferentemente guió la visión que los propios dirigentes tuvieron del sentido de la institución, tal como reconoce Marroquín (1972, 174). Este diagnóstico es también compartido por la antropóloga G. Villavicencio (1973, 268)

En la medida en que los trabajos de la Misión "prácticamente no tuvieron asesoramiento antropológico", fueron enfocados en sentido paternalista, privilegiando a ciertas parcialidades "mientras el resto mayoritario quedaba en condiciones poco satisfactorias" (1972, 178). El desconocimiento real de la lógica de las comunidades y el planteamiento de la intervención en términos jerárquicos explica las numerosas fricciones entre los trabajadores de la MAE y los teóricos beneficiarios de su actuación. Unas fricciones que culminaron con el asesinato de algunos miembros de la Misión²³ y que, probablemente, hubieran

23 . Entre ellos, un médico y varias trabajadoras sociales (Marroquín 1972, 174). La matanza de técnicos de la MAE a finales de los sesenta desató una intensa campaña de prensa en la que se ponían en entredicho las políticas integracionistas dirigidas a los indígenas. Buena muestra de ello es el artículo de Santiago Jervis publicado en El Comercio el 4 de enero de 1969 y titulado "400 comunidades estancadas en Chimborazo", en donde daba una visión más bien pesimista de labor de la MAE como solución definitiva a los problemas de los campesinos de esa provincia. A su juicio, la única alternativa real para esa gente, dada la precariedad del medio y la rudeza de su cultura, era su transporte a otras regiones por colonizar. En una línea mucho más razonable se inscribían las apreciaciones de Gustavo Salgado, articulista que, también en ese diario ("Plan de mejoramiento comunal en el Ecuador", El Comercio de 19 de marzo de 1969), cuestionaba la viabilidad de los programas desarrollistas gubernamentales y advertía del riesgo que entrañaba la desconfianza secular de los indígenas serranos. A tenor de ello, sacaba a colación, entre otros, el tema de las agresiones al personal de la MAE: "El indígena es opuesto a toda intervención del Estado, porque la considera perjudicial y desastrosa para su pequeña economía. Testigo secular de los abusos cometidos con él, con uno u otro pretexto, el indígena desconfía de todos sus 'redentores', sean éstos abogados, sindicalistas, dirigentes políticos, etc. Recordemos (...) el incidente sangriento con varios miembros de la Misión Andina en Tungurahua y en el Azuay. Los indígenas, creyendo que trataban de robarles su ganado, asesinaron a varios miembros de esta Misión y no les permitieron entrar a sus anejos o parcialidades" (la cursiva es nuestra) (Salgado 1969, 915-916) Tan conflictiva se tornó a menudo la situación que, bien por el tradicional rechazo al extranjero o por la animadversión hacia los proyectos integradores, lo cierto es que la Misión tuvo que abandonar hasta el 40% de las comunidades en un principio incluidas en su programa

podido minimizarse con una actitud diferente por parte de sus técnicos de alto nivel. Estos últimos, según Marroquín, obedecían a una mentalidad desarrollista que "los llevaba a juzgar con sus propios criterios racionalistas los problemas de las comunidades" (1972, 174). De ahí la necesidad imperiosa de introducir

"... un cambio en los hábitos inveterados y actitudes de muchos funcionarios, que están convencidos de que la única forma de hacer progresar a las comunidades es imponiéndoles por la fuerza los adelantos programados. Un técnico de la Misión me decía: 'obligué a que pintaran las casas en esta comunidad; amenacé incluso al Teniente Político si no lo hacían; y ahora vea qué bonita se ve la comunidad; a veces yo obligo a la gente a hacer mingas, pues la gente no quiere trabajar para su beneficio; como si la Misión Andina se fuera a llevar algo para su beneficio; el agua potable son ellos (los indígenas) los que se la van a tomar'" (1972, 176).

La actualidad de las enseñanzas de la Misión Andina

Definitivamente, la Misión Andina puede ser considerada, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, como el precedente directo de lo que han sido las líneas maestras de los programas de desarrollo rural integral impulsados en los países andinos durante las últimas décadas. De manera pionera, la Misión fue, al menos en el caso ecuatoriano, la primera institución en defender la necesidad de impulsar un desarrollo armónico de los diferentes aspectos que forman parte de la vida comunal de los indígenas y campesinos serranos. De ahí el énfasis en diversificar sus intervenciones en aspectos tales como el fomento de las infraestructuras viales (caminos), con la intención de

terminar con el aislamiento secular de numerosas comunidades; la educación (construcción de escuelas, campañas de alfabetización); la mejora y modernización de la vivienda tradicional; la salud y la nutrición (letrización, suministro de agua potable, atención sanitaria, formación de auxiliares de enfermería en las propias parcialidades); y muy especialmente el desarrollo comunitario estricto senso, que abarcaba desde el asesoramiento para dotar a las comunidades de personería jurídica, hasta -y de un modo muy remarcable- la capacitación y formación de líderes y dirigentes. Nos gustaría incidir en esto último, pues es un elemento muy subrayado por algunos protagonistas destacados de la acción de la MAE. Valga como ilustración el caso de José Quinde, viejo líder indígena de la TUKAYTA de Cañar, quien reconoce que fue a tenor de la labor capacitadora iniciada por Misión Andina en esa provincia que "la gente empezó a despertar" y a organizarse de cara a hacer efectivas sus demandas en la época de la reforma agraria de 1964. La idea expresada por este y por otros líderes indígena-campesinos del momento es que fueron precisamente las enseñanzas de la MAE las que facilitaron sobremanera la rápida organización de las comunidades con objeto de llevar a buen puerto su lucha por la tierra²⁴. No podemos saber con certeza hasta qué punto y en qué medida estos son resultados colaterales de

24 . Entrevista realizada el 27/05/99, gentilmente facilitada por el Dr. Luciano Martínez, de FLACSO. La TUKAYTA (Tucuy Cañar Ayllucunapac Tandanacui) es una organización de segundo grado, a su vez filial de la Unión Provincial de Organizaciones Campesinas del Cañar, que hunde sus raíces, como tantas otras organizaciones, en las movilizaciones y demandas campesinas contra el latifundio allá por la década de los setenta. Es frecuente encontrar en la memoria oral casos similares al descrito en provincias como Chimborazo, Cotopaxi e Imbabura, donde se reconoce el papel protagónico que en el inicio de no pocos procesos organizativos jugó la formación y el asesoramiento brindado por la MAE.

la intervención de Misión Andina nunca perseguidos por la institución y logrados únicamente gracias a la actuación diligente de algunos de sus técnicos, pero el caso es que se dieron y que han quedado bien grabados en la retina de sus beneficiarios. Lo mismo cabría argüir, por ejemplo, sobre la formación de enfermeras y, en algunos casos (y las comunidades atendidas en Imbabura podrían ser un buen ejemplo), sobre los efectos que la apertura de caminos tuvo desde el punto de vista de facilitar la movilidad de los comuneros, erosionando así indirectamente al régimen de hacienda todavía imperante.

Hemos visto cómo, sin embargo, todo ello se intentó llevar a cabo a través de un modo de proceder excesivamente verticalista, impositivo y etnocéntrico, es decir, sin tomar en consideración la opinión que los destinatarios de la actuación tenían de sus propias necesidades, y mucho menos de la priorización que de ellas habían establecido. Lo apuntó también hace algunos años R. Santana:

"El conjunto de elementos de progreso considerado como 'urgente' no resiste la prueba de la práctica en el medio indígena; sin embargo las necesidades urgentes existen, pero son tan puntuales como calificadas y jerarquizadas: compra de animales y tierras en primer lugar, mejoramiento de las técnicas de producción y de crédito después; poco o ningún interés por otra parte, por los talleres comunales (artesanos), por el mejoramiento del hogar, por la instalación de letrinas o de lavaderos colectivos. A un nivel de interés intermedio, las instalaciones de agua potable y la apertura de caminos han sido valoradas; la escuela, mucho menos. La MAE había sin embargo gastado en cuatro años y medio de funcionamiento (en Diciembre de

1968) apenas 18,3% de su presupuesto en desarrollo económico propiamente dicho, mientras que el 40% había sido invertido en construcciones diversas; los gastos en servicios sociales y educativos representaban 23,8% y la administración 18,5%" (1995, 54-55).

Del aluvión de críticas vertidas en su día sobre el trabajo de la MAE, hay un conjunto de reflexiones que se nos antojan como perfectamente extrapolables a los modelos de intervención sobre el espacio rural característicos del momento actual. Recuérdese que se dijo que Misión Andina incidía sobre una realidad social cuya dinámica interna desconocía, dada la ausencia de investigaciones previas; que su excesiva burocratización hipotecaba su eficiencia, consumiendo además un porcentaje importante de su presupuesto; que la dispersión de los esfuerzos disminuía necesariamente la intensidad de los mismos; que pecaba de localista, en el sentido de que ponía demasiado énfasis en el desarrollo comunitario y perdía el horizonte del desarrollo regional; que era incapaz de coordinarse con las otras instituciones presentes en el mundo campesino; y que se mostraba excesivamente condescendiente con las estructuras de propiedad existentes, no cuestionando con fuerza los efectos perversos derivados de su polarización asimétrica. Lo más criticado, con todo, fue la escasez de los recursos invertidos de verdad en programas de desarrollo en relación a las necesidades de la sociedad rural. Una escasez que construyó, definitivamente, los resultados obtenidos en rubros como crédito campesino, vivienda, salud y nutrición y que está en la base de que la MAE no pudiera apoyar más que a un pequeño porcentaje de las comunidades hipotéticamente necesitadas. En cualquier caso, y aunque parezca

paradójico, resultó en conjunto una intervención tremendamente cara atendiendo a sus realizaciones sobre el terreno.

FLACSO . Biblioteca

Pues bien, todos y cada uno de esos aspectos continúan limitando hoy muchas de las iniciativas que, no por bienintencionadas automáticamente eficientes, son puestas en marcha por las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y las agencias multilaterales que trabajan en desarrollo rural. Del mismo modo, algunas de las deficiencias detectadas en estas últimas²⁵, tales como la poca replicabilidad de sus experiencias exitosas, su capacidad técnica limitada, la ausencia de un contexto de programación ampliado, la escasa sistematización de los conocimientos adquiridos o su resistencia (en algunos casos) a la coordinación interinstitucional, también podrían en buena medida ser extrapoladas a determinados aspectos o momentos de la historia de la MAE. ¿Cuál es la razón, podrá preguntarse el lector, de estas sorprendentes similitudes?

En nuestra opinión, el quid de la cuestión estriba en que el desarrollo de la comunidad se constituyó, por activa o por pasiva, como un paradigma de actuación pre-reformista o, en cualquier caso, alternativo a una verdadera reforma agraria en profundidad. De ahí la vitalidad de la Misión Andina en Ecuador durante todo el período de vigencia de la primera ley de reforma agraria en el país (la de 1964) que, como es conocido, centró su atención prioritaria en la eliminación de las formas precarias de trabajo y secundari-

25 . Véanse, circunscritas al área andina, las reflexiones vertidas por Arellano-López y Petras (1994) sobre Bolivia. Paniagua (1992) sobre Perú y Arcos y Palomeque (1996) sobre Ecuador

amente en la afectación de predios propiedad del Estado y de la Iglesia²⁶. En nuestros días, treinta y cinco años después, las ONGs operan en una coyuntura post-reforma (y anti-reforma) en la que realmente parece no haber cabida a una demanda global que vaya más allá del proyecto concreto, del fomento a nivel local de la participación popular, de la búsqueda de la sostenibilidad de las actuaciones focalizadas y, en definitiva, de la priorización de la praxis y el inmediatez de la intervención sobre la teoría y la reflexión de conjunto. Por otra parte, las ONGs promueven a menudo proyectos interesantes pero tremendamente específicos; sin duda importantes para las comunidades donde se llevan a cabo pero desgraciadamente poco trascendentes desde la perspectiva del devenir del conjunto del subsector campesino. En otro lugar (Bretón 1999) ya pusimos de manifiesto de qué manera la dependencia de esas iniciativas de las organizaciones que las llevan a cabo es asimismo un elemento que conviene recordar. No en vano el modelo de las ONGs responde a un proceso de privatización de las políticas sociales -se trata de su externalización en manos de entidades particulares- tremendamente funcional y acomodaticio para con el paradigma neoliberal. Funcional y acomodaticio porque contribuye a consolidar un cierto "colchón social" (las comunidades agraciadas con proyectos) que atenúa las contradicciones generadas por el ajuste, permitiéndole así al Estado un abandono menos traumático de las políticas estructurales y asistenciales impulsadas desde los

26 En la medida en que los huasipungos no pasaban del 7% del total de las explotaciones agrarias de la sierra (CIDA 1965, cuadro 1-10), la estabilidad básica del monopolio terrateniente sobre la propiedad estaba garantizada, no representando así dicha iniciativa reformista una modificación en profundidad de la estructura agraria.

poderes públicos durante el período reformista²⁷.

Es evidente, en otro orden de cosas, que entre la Misión Andina de los sesenta y las iniciativas en desarrollo rural de los noventa hay también toda una serie de diferencias derivadas del contexto, y queremos remarcar esto último a fin de matizar las afirmaciones anteriores y huir de posibles maniqueísmos derivados de una lectura precipitada de lo que estamos intentando exponer aquí. En el tiempo en que operaba la MAE, por ejemplo, los poderes públicos (bien a través del Estado, la OIT o el Instituto Indigenista Interamericano) eran prácticamente los únicos responsables de implementar políticas de desarrollo e integración en el medio rural. Por aquellos años, además, la revolución verde era considerada como el modelo a seguir para acabar con la pobreza y el subdesarrollo, y justamente por ello una de las prioridades de la institución fue su introducción en las comunidades. En el presente, sin embargo, nos movemos en un escenario donde, como comentábamos antes, el Estado se ha replegado notablemente de esas esferas de actuación, cediendo protagonismo a los agentes particulares. En otro orden de cosas, hoy por hoy no son pocas las ONGs que en nombre de la agroecología y el desarrollo sostenible reivindican la recuperación de una lógica productiva (la de los campesinos tradicionales) mucho más autosostenible que la derivada del desarrollismo desahogado de los últimos cuarenta años. Pero más allá de la viabilidad o inviabilidad de estos planteamientos, que serían materia para otro trabajo, lo

27 Son interesantes en esta línea las reflexiones vertidas por J. León (1998) sobre la evolución de las ONGs en Ecuador, en la medida en que analiza su cambio de discurso desde los años sesenta a los noventa y su proceso de "amoldamiento" a las imposiciones de la praxis neoliberal

que queremos destacar enfáticamente es que, modas aparte, existe una similitud estructural entre los principios que hoy guían y justifican el *modus operandi* de numerosas ONGs y aquellos que inspiraron a la Misión Andina. Dicho con otras palabras: hemos asistido sin saberlo (?) a una cierta actualización, redefinición y adaptación al nuevo contexto del viejo paradigma del desarrollo de la comunidad. Una actualización que lo ha moldeado a los tiempos que corren (desvinculándolo de sus originales connotaciones estatistas, desdeñando las rémoras de un indigenismo a todas luces obsoleto y superado y sustituyendo el énfasis en la modernización convencionalmente entendida por la sostenibilidad derivada del paradigma agroecológico, o introduciendo en ocasiones la perspectiva de género) y que lo ha hecho asumible a los nuevos y heterogéneos agentes que, en esta era de globalización, externalización y privatización de las políticas sociales, buscan alternativas que permitan a los campesinos e indígenas de los países andinos superar la pobreza y la exclusión, haciendo caso omiso, por desgracia, de los galopantes procesos de reconcentración de la propiedad característicos de la América Latina del final del milenio.

BIBLIOGRAFIA

AMERICA INDIGENA (1990): "El indigenismo: recuento y perspectivas", en *América Indígena*, vol. L, nº1, pp. 63-91.

ARCOS, C.; PALOMEQUE, E. (1997): El mito al debate. Las ONG en Ecuador. Abya-Yala, Quito.

ARELLANO-LOPEZ, S.; PETRAS, J. (1994): "La ambigua ayuda de las ONGs en Bolivia", en *Nueva Sociedad*, nº 131, Caracas, pp. 72-87.

ARZE, O. (1990): "Del indigenismo a la indianidad: cincuenta años de indigenismo continental", en ALCINA, J. [Ed.]: *Indianismo e indigenismo en América*. Alianza Editorial, Madrid, pp. 19-33.

BARRE, M.CH. (1985): Ideologías indigenistas y movimientos indios. Siglo XXI, México.

BOLETIN INDIGENISTA (1953): "Programa indigenista para la zona andina", vol. XIII, pp. 198-200.

BOLETIN INDIGENISTA (1955): "Acción internacional de ayuda a los indígenas andinos", vol. XV, pp. 120-132.

BOLETIN INDIGENISTA (1956): "Asistencia técnica de la O.I.T. en favor de los indígenas de Bolivia, Ecuador y Perú". vol. XVI, pp. 112-114.

BOLETIN INDIGENISTA (1956b): "Trabajos de la Misión de Asistencia Técnica de la UNESCO". vol. XVI, pp. 320-322.

BOLETIN INDIGENISTA (1957): "La Misión de la UNESCO en el Ecuador. en relación con el programa de trabajo de la Misión Andina" vol. XVII, pp. 36-40.

BOLETIN INDIGENISTA (1957b): "El Programa Ampliado de Asistencia Técnica en la región andina de Bolivia, Ecuador y Perú". vol. XVII, pp. 102-104

BOLETIN INDIGENISTA (1957c): "Actividades del Ministerio de Previsión Social y Trabajo en relación con la población indígena". vol. XVII, pp. 312-314.

BOLETIN INDIGENISTA (1957d): "Informe sobre las actividades de la Misión Andina", vol. XVII, pp. 314-322.

BOLETIN INDIGENISTA (1958): "Creación de un centro misionar de investigaciones científicas", vol. XVIII, pp. 38-40

BOLETIN INDIGENISTA (1958b): "Los trabajos de la Misión Andina". vol. XVIII, pp. 290-294.

BOLETIN INDIGENISTA (1961): "La OIT y la Misión Andina", vol. XXI, pp. 90-94.

BOLETIN INDIGENISTA (1961b): "Programa Andino". vol. XXI, pp. 118-120

BRETON, V. (1999): "Del reparto agrario a la modernización excluyente: los límites del desarrollo rural en América Latina", en BRETON, V.; GARCÍA, F.; ROCA, A. [Eds.]: Los límites del desarrollo. Modelos 'rotos' y modelos 'por construir' en América Latina y África. Icaria, Barcelona.

BUITRON, A. (1954): "Las organizaciones internacionales y el indio". en América Indígena, vol. XIV, nº 2, pp. 103-111

BUITRON, A. (1961): "El desarrollo de la comunidad en la teoría y en la práctica". en América Indígena, vol. XXI, nº 2, pp. 141-150

BUITRON, A. (1965): "La acción integral y el desarrollo de la comunidad" en América Indígena, vol. XXV, nº 1 pp. 27-34

BURGOS GUEVARA, H. (1968): "Efectos del avance tecnológico en las comunidades indígenas del centro de los Andes ecuatorianos", en Anuario Indigenista, vol. XXVIII, pp. 225-240.

BURGOS GUEVARA, H. (1970): Relaciones interétnicas en Riobamba. Dominio y dependencia en una región indígena ecuatoriana. Instituto Indigenista Interamericano, México.

CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola) (1965): Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola del Ecuador. Unión Panamericana, OEA, Washington.

COMAS, J. (1959): "La Misión Andina y la aculturación indígena", en América Indígena, vol. XIX, n° 3, pp. 169-177.

COMAS, J. (1962): "Ecuador". en Anuario Indigenista, vol. XXII, pp 47-57

CONFERENCIA INTERAMERICANA (1970): "Acta final de la Primera Conferencia Interamericana sobre desarrollo de la comunidad", en América Indígena, vol. XXX, n° 4, pp. 1125-1149.

CUELLAR, J.A. (1978): "El enfoque integral en el desarrollo de las comunidades rurales", en América Indígena, vol. XXXVIII, n° 1, pp 193 206.

DUBLY, A.; OVIEDO, E. (1969): *La Misión Andina de hoy a mañana.* Informe de evaluación presentado al Director Técnico Ejecutivo de la Misión Andina del Ecuador. Quito.

FAVRE, H. (1996): *L'Indigénisme.* Colección *Que Sais-je?*, n°3.088, Presses Universitaires de France, París.

INSTITUTO ECUATORIANO DE ANTROPOLOGIA Y GEOGRAFIA (1960): "La Misión Andina en el Ecuador", en América Indígena, vol. XX, n° 1, pp. 35-51

INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO (1963): "El Programa Indigenista Andino Evaluación de sus realizaciones" en Anuario Indigenista. vol XXIII. pp 44-68.

INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO (1963b): "Instrucciones y esquema generales para la elaboración de los informes descriptivos de proyectos de desarrollo de la comunidad en América Latina", en *América Indígena*, vol. XXIII, n° 3, pp. 263-268

LEON, J. (1998): "Contexte social et cycle politique: les ONG en Équateur", en DELER, J.P.; FAURE, Y.A.; PIVETEAU, A.; ROCA, P.J. [Eds.]: *ONG et développement Société, économie, politique* Karthala, París, pp. 659-671

LEC. NARD, O.E. (1966): El cambio económico y social en cuatro comunidades del altiplano de Bolivia Instituto Indigenista Interamericano, México

MAE (Misión Andina del Ecuador) (1965): Proyecto de integración del campesinado. Quito.

MAE (Misión Andina del Ecuador) (1966): Informe de actividades trimestre enero-marzo de 1966, en *Anuario Indigenista*, vol. XXVI, pp 183-199

MARROQUIN, A.D. (1972): Balance del indigenismo. Informe sobre la política indigenista en América. Instituto Indigenista Interamericano, México

METRAUX, A. (1953): "Applied Anthropology in government United Nations", en *Anthropology Today: an encyclopedic inventory*. The University of Chicago Press, Chicago, pp. 880-894.

PANIAGUA, A. (1992): "Estado y desarrollo rural: historia de un difícil encuentro", en *Debate Agrario*, n° 13, pp. 195-220.

PEREZ LIZAU, M. (1968): "Desarrollo de la comunidad Teoría y práctica" Resumen de la mesa redonda organizada por el Banco Interamericano de Desarrollo y celebrada en Washington en 1966. en *América Indígena*, vol XXVIII, n° 1, pp 295-307

SALGADO, G. (1969): "Plan de mejoramiento comunal en el Ecuador" en *América Indígena*, vol XXIX n° 4 pp 915-916

SANTANA R (1995) Ciudadanos en la etnicidad. Los indios en la

política o la política de los indios. Abya-Yala, Quito

VILLA ROJAS, A. (1966): "Informe de labores del departamento de Investigaciones Antropológicas". en Anuario Indigenista, vol. XXVI, pp. 7-95.

VILLA ROJAS, A. (1971): "Antropología aplicada e indigenismo en América Latina", en América Indígena, vol. XXXI, nº 1, pp. 5-44.

VILLAVICENCIO, G. (1973): Relaciones Interétnicas en Otavalo, Ecuador ¿Una nacionalidad en formación? Instituto Indigenista Interamericano, México

COMENTARIOS Y APORTES

**Alain Dubly
Luciano Martínez
Marco A. Guzmán**

Alain Dubly

El breve estudio de V. Bretón saca a la Misión Andina del olvido en que ha caído desde su desaparición hace casi tres décadas, después de catorce años de presencia en comunidades campesinas de la Sierra ecuatoriana. Recuperar la historia de esta significativa experiencia es un propósito acertado, con miras a mejorar las acciones de desarrollo rural en el medio.

Aunque, en el transcurso de su corta existencia, la Misión Andina no ha modificado sustancialmente las características de su labor, ¿cómo dar cuenta, en una síntesis equilibrada, de los antecedentes, opciones conceptuales y operativas, objetivos y realizaciones? El ensayo ofrecido tiene el mérito de aportar elementos de apreciación para enfrentar este desafío.

Las siguientes acotaciones parecen oportunas para matizar o completar los aportes del autor en puntos importantes.

- Un siglo después de la abolición de la esclavitud, la creación de la Misión Andina ha sido el más relevante compromiso del Estado ecuatoriano en beneficio directo de la clase más sometida y explotada, en este caso los campesinos indígenas si bien no se veía posible dirigirse a los más dominados de éstos: los huasipungueros de los

latifundios serranos. Ni la misma Ley de reforma agraria ni las posteriores modalidades de desarrollo rural (PIDA, DRI) tenían una finalidad social tan marcada. Si se exceptúan el efímero FODERUMA y el respaldo al todavía vigente Seguro Social Campesino, la Misión Andina es el único compromiso notable asumido en este siglo por el Estado para con los campesinos pobres del país.

- Cuando empezó la Misión, no existía en la región andina programa o proyecto alguno en ejecución que pudiera ser aprovechado para definir su propia acción.

- El desarrollo de la comunidad y el enfoque indigenista, presentados como referentes orientadores de la Misión Andina, no fueron tales en la realidad. El primero no tuvo, como se podía esperar, la función integradora de los diversos programas implementados; el segundo quedó limitado a opiniones de antropólogos que miraban a la Misión desde fuera. Aun siendo los indígenas los destinatarios preferenciales de su acción, la Misión Andina la abrió también, desde sus inicios, a campesinos mestizos cuya dominación y pobreza podían obstaculizar aquel proceso.

- El desconocimiento, justamente criticado, de los grupos humanos por parte de la Misión Andina (idioma quechua, valores, funcionamiento de la micro-sociedad rural, relaciones interétnicas, aspiraciones) ha sido un escollo insuperable: no se consiguió la confianza y adhesión sin las cuales no se podía centrar la acción en lo importante y lo deseado por la gente. Esto se fue agravando por la desmotivación del personal y la deriva burocrática (primaba el cumplimiento formal de las metas de realizaciones) de la institución.

- La ampliación prevista de la responsabilidad de la MAE y de sus áreas de operación, en el marco de planes nacionales de desarrollo rural, no ha permitido consolidar y rectificar la acción. Lo que, por sentido común, debía empezar en forma experimental, fue de entrada demostrativo y "piloto"; se generalizó antes de tiempo, volviéndose entonces casi imposibles los ajustes que eran realizables a pequeña escala.

- Aunque prolijamente crítica, nuestra evaluación de 1969 juzgaba deseable y factible una reforma de la MAE. De las 165 páginas del borrador ("La Misión Andina, de hoy a mañana"), 24 puntualizaban recomendaciones operativas precisas, resultaron inútiles ante la decisión tomada por los responsables poco después, de suprimir la institución.

- El corto tiempo de vida (sólo un decenio de plena actividad) y el empeño cuantitativo (el cumplimiento de las metas) no permitieron la apertura y la flexibilidad de la Misión para integrar nuevos enfoques y métodos surgidos en los años 60 como, en el campo de la educación liberadora de adultos, las Escuelas Radiofónicas Populares de Riobamba y los primeros escritos de Paolo Freire. Tampoco la ruptura de la dominación de las haciendas sobre los indígenas, que empezaba por efecto de la incipiente reforma agraria, fue tomada en cuenta para la redefinición e implementación del trabajo. En ese contexto de profundas transformaciones, la MAE no modificó su intervención.

- Más allá del impacto limitado y costoso de sus acciones específicas, la Misión Andina fue, sin duda alguna (pero es

imposible precisarlo), uno de los agentes y múltiples factores del cambio de actitudes y conductas, prácticas y relaciones que se producía en el medio rural. Un ejemplo: de niño y joven, Luis Macas recibió, entre otras y posteriores influencias, la de la Misión Andina en su comunidad de Saraguro; sin ella, ¿se hubiere vuelto el dirigente de la CONAIE que conocemos?

El caso de la Misión Andina ilustra sesgos bien conocidos de las evaluaciones históricas: deforman la memoria y la evolución de un proceso, pretenden identificar las imbricadas causas del cambio, juzgan el pasado con criterios del presente. El rigor en la investigación y la apreciación los reduce sin lograr eliminarlos.

Luciano Martínez Valle

El trabajo de Víctor Bretón sobre la Misión Andina del Ecuador (MAE) es muy sugerente para reflexionar sobre el qué hacer en el medio rural, especialmente en una coyuntura en la que escasean los recursos económicos, aumenta la pobreza y se desarticulan los espacios regionales.

El autor muestra claramente la utilidad de este tipo de estudios: "superar la amnesia histórica" e "introducir la práctica de la sistematización". En efecto, la historia de medio siglo de intentos de "desarrollar el medio rural" es, cada cierto tiempo, negada sistemáticamente por "novedosas" experiencias que aseguran van a solucionar definitivamente los problemas de los más pobres. Todo depende del "nuevo" enfoque y de los recursos con los que se cuenta. Las evaluaciones, que tampoco son numerosas, son muy poco utilizadas y se edifican nuevos proyectos sobre cuarteadas experiencias que presagian el derrumbamiento del edificio en el que se invierten ingentes cantidades de recursos económicos. Esto es lo que advierte el autor al comparar la acción de la Misión Andina con las experiencias de intervención públicas y privadas que se realizan hasta hoy.

La relectura del trabajo de la Misión Andina, coloca sobre el tapete de la discusión académica y política varios temas que al parecer han sido olvidados por las instituciones que

realizan acciones de desarrollo rural: la metodología de trabajo entre la población indígena, el paradigma intervencionista, es decir, hacia dónde apunta el trabajo realizado, las prioridades asignadas a este tipo de intervención.

Sobre el primer aspecto, las críticas más severas realizadas sobre la acción de la MAE se centran en las fallas del "enfoque antropológico" que no lograba entender las características centrales de las comunidades indígenas, se desconocía el idioma y los agentes eran de origen urbano, debido a ello, la intervención solo pasó tangencialmente por los espacios propiamente indios. Sobre el segundo aspecto, existía mayor claridad y específicamente se buscaba "incorporar" al campesino en la cultura nacional a través de una política de corte asimilacionista.

Sobre el último aspecto, las intervenciones se realizaban sin establecer ningún tipo de prioridades para los beneficiarios: caminos donde no eran necesarios, acciones compulsivas de salud, construcción de escuelas sin demanda real de la población, etc.

No obstante, hay un hecho central en la intervención de la Misión Andina, ésta se realizaba en una coyuntura histórica que marca el inicio del proceso de transformación estructural más importante de este siglo en la sociedad rural: la reforma agraria. Si bien la MAE empezó tempranamente en los años 50, es en los años 60 cuando adquiere importancia y presencia entre la población rural a través de su nacionalización e integración institucional como organismo de gobierno. No es mera coincidencia si se integra la MAE dentro de la estructura del Estado ecuatoriano en 1964, justamente el mismo año de la expedi-

ción de la primera Ley de Reforma Agraria. Atando cabos y desarrollando hipótesis alternativas, se puede preguntar si lo que se buscaba era hacer una tibia reforma acompañada al mismo tiempo de una acción paliativa de desarrollo rural entre la población indígena serrana.

Al parecer, las evaluaciones y los informes de la MAE no arrojan muchas luces al respecto. ¿Cuáles eran las relaciones, por ejemplo, en Chimborazo, entre la acción de la MAE y las movilizaciones campesinas por la reforma agraria? ¿Por qué la MAE se concentró en Chimborazo, la zona latifundista "par excellence" de la sierra ecuatoriana?

Lo cierto es que ni aún la MAE pudo escapar de la coyuntura reformista de los años sesenta. Aunque el tema de la reforma agraria no estuvo oficialmente presente en su discurso si lo estaba entre algunos técnicos de campo, seguramente más sensibles a las demandas de la población indígena y a la discusión nacional en torno a este asunto. Algunos líderes de comunidades de ese entonces (caso del Cañar) hablan de la MAE como una institución que realizó obras (escuelas, letrinas y caminos) en algunas comunidades pero también mencionan la labor de algunos técnicos que impulsaban la discusión sobre la organización y demanda por tierras. En esas áreas, las primeras discusiones en torno al problema de la tierra provinieron sorprendentemente del ámbito de la MAE¹.

A largo plazo, estas acciones "no planificadas" son las que tuvieron más importancia que el mismo "desarrollo de la

1 Entrevista a José Quinde, líder de la comunidad de Quilloac y de la TUCAY-TA Cañar, 27 de mayo de 1999. Actualmente es el Director del Colegio Bilingüe Quilloac

comunidad" Este proceso, de acuerdo a Víctor Bretón no fue más que un paliativo a través de la implementación de acciones "tipo amortiguamiento social" que buscaban atenuar las contradicciones existentes en el medio rural. Desde este punto de vista, lo más rescatable del paso de esta institución en el medio rural, aunque ciertamente no haya cubierto todo el espacio indígena, es justamente el trabajo que desplegó en el fortalecimiento de la comunidad indígena y de los cabildos, no sólo desde el punto de vista formal, esto es su legalización y la búsqueda de una mayor representatividad y funcionamiento institucional sino sobre todo en la formación del liderazgo. Aunque el paradigma haya sido muy diferente del que demandaban los indígenas, tiene mérito el haber invertido importantes esfuerzos en lo que actualmente se conoce como "capital humano" y "capital social", sin ser estos los objetivos explícitos de la MAE.

Seguramente que estas acciones no han sido captadas totalmente porque tienen un efecto retardado que puede manifestarse en coyunturas concretas. En este sentido vale la pena hacer referencia al concepto de "energía social" de Hirschman, en tanto proceso de organización y liderazgo que permanece latente y que puede surgir con mayor eficacia en coyunturas más favorables². En esta línea se puede desarrollar interesantes hipótesis de trabajo sobre el actual liderazgo y los niveles organizativos en las zonas en las que actuó la MAE.

Retomo finalmente, una de las preocupaciones de Víctor

2 Albert O Hirschman, "The Principle of Conservation and Mutation of Social Energy" in, *Direct to the Poor. Grassroots Development in Latin America*, London, 1988.

Bretón en el sentido que actualmente las intervenciones en el medio rural no serían sino una "actualización, redefinición y adaptación al nuevo contexto del viejo paradigma de desarrollo de la comunidad". Algunas propuestas se repiten pero son completamente diferentes. Por ejemplo, ya no se trata de integrar al campesino en la vida nacional sino de integrarlo en el mercado mundial. Si la propuesta hubiera sido al menos integrar al indígena en el mercado nacional, habría existido mayor coherencia en la construcción de caminos siempre y cuando una reforma agraria hubiera dotado de recursos suficientes para que las mercancías puedan fluir al espacio nacional. Pero construir caminos para que entre la profesora o el jeep de la MAE, era un completo absurdo histórico y económico.

En una perspectiva más global las enseñanzas de lo que hizo la MAE tiene todavía actualidad. Basta con señalar que los esfuerzos realizados en las acciones visible no tuvieron eco en relación con aquellos "no planificados", desvinculados de qué hacer institucional, pero que en realidad eran iniciativas interesantes más acordes con los intereses de las bases. Es altamente probable que sea más rentable para las ONGs que gerencian actualmente la privatización de las políticas sociales insistir en la línea de trabajo menos visible que hizo la MAE que en las iniciativas económicas de ayuda a los pobres del medio rural. Iniciativas, por otro lado, que no responden a los problemas básicos de las comunidades sino a los intereses de moda de las financieras. La lección final para una ONG sería: no gaste mucha plata, organice a la gente, invierta en cuestiones menos visibles, los frutos vendrán más adelante

La dimensión de análisis subyacente en la crítica que ha sistematizado Víctor Bretón sobre la MAE es que existiría una tendencia a realizar acciones que ni cuestionan los problemas básicos y estructurales de los pobres rurales ni tampoco tratan de que éstos puedan atreverse a dar soluciones. La MAE no quiso entender que el problema central de los indígenas de los años sesenta y setenta radicaba en una mejor distribución de la tierra, así como ahora se trata de ponerse una venda en los ojos con respecto al nuevo proceso de reconcentración capitalista. Sin embargo, el problema sigue allí, reproduciéndose y generando pobreza. Tampoco se quiere utilizar la experiencia investigativa acumulada, ni procesar las experiencias buenas y malas del desarrollo rural. Es como si se empezara desde cero, buscando el aval en una nueva moda que normalmente viene de fuera.

Mientras tanto la sociedad rural ha cambiado y necesita urgentemente ser repensada. Uno de los ejes que alimentarían este proceso es el que ha realizado Víctor Bretón: atreverse a abrir la discusión en un medio acostumbrado a pasar muy rápido las hojas de la historia.

UNA IMPRESIÓN VITAL DE LA MISIÓN ANDINA DEL ECUADOR

Marco Antonio Guzmán Carrasco

Me fue dada la oportunidad en extremo grata de trabajar, un breve período, para la Misión Andina del Ecuador. Por eso, el título de este comentario hace referencia a una impresión vital –con el alcance de que se la vivió y sintió respecto a esa entidad.

Tuve el honor de ser su Director Técnico Ejecutivo y compartir con su personal el anhelo apasionado de impulsar el desarrollo de la comunidad campesina, y especialmente la indígena, en la región interandina de nuestra Patria. Ocurrió aquello en un lapso –últimos meses de 1968, 1969- en que los técnicos de la institución reexaminaban la trayectoria vital de ella, con la aspiración de mejorar sus rendimientos y logros, de optimizar su acción.

Dicha actuación constituyó para mi un paréntesis –de invaluable contenido humano- entre el ejercicio de actividades vinculadas más bien con el área económica y financiera, cumplidas tanto en el sector público, como en el privado. Eso facilita enunciar con objetividad algunos juicios comparativos.

Mi ingreso a la MAE

Tuve oportunidad de asistir a una reunión social organizada en honor de un ilustre Presidente de la República, por quien fuera, en un período anterior, su Vicepresidente. Hasta entonces, mi experiencia había estado vinculada con las áreas de planificación del desarrollo, de asistencia técnica y financiamiento externo- en los aspectos jurídicos de ellas-, y con la cátedra universitaria. En el curso de esa reunión, en la que varios de quienes se suponía iban a ser altos funcionarios del nuevo Gobierno, conversaban sobre sus planes de acción, me referí, un poco de entrometido, dentro de la rueda de conversación, en modo muy sintético y orgánico (más bien con tono crítico a algunos enunciados que allí se habían hecho), a los problemas socioeconómicos esenciales del país, tema que había tratado en días anteriores en la cátedra. Al parecer el señor Presidente electo se interesó en los planteamientos.

Iniciado, en 1968, un nuevo Gobierno del Presidente Velasco Ibarra, recibí de algunos de sus Ministros propuestas para trabajar en diversos cargos, lo que en verdad resultaba para mi una sorpresa, pues, no había tenido realmente oportunidad de tratar antes a esos altos funcionarios. Las agradecí; pero manifesté que mi actividad en la Junta de Planificación y Coordinación Económica, así como en la Universidad Central me resultaba satisfactoria y grata. Un día, el señor Presidente me hizo llamar a su despacho. Tuvo la amabilidad de expresar juicios generosos sobre mi persona, para señalar, como remate de ellos...". pero, libresco, señor" y concluir que deseaba que yo estuviera en mayor contacto con la realidad nacional, por lo cual había dado instruc-

ciones a efectos de que se me designara para el cargo de Director de la Misión Andina. Quienes conocían al Presidente Velasco sabían que, en medio de la finura de las palabras que se presentaban como una proposición, aquello constituía virtualmente una disposición inapelable, tanto para el designado como para el organismo colectivo que lo elegía.

Ese organismo estaba integrado por representantes del Ministerio de Previsión Social, de la propia Junta Nacional de Planificación y de la OIT o el PNUD.

El desempeño de esa función constituyó para mí una especie de conscripción civil apasionante. Mayor trabajo y tensiones, horarios ilimitados, frecuentes viajes por peligrosos caminos rurales, menores ingresos económicos que en las actividades precedentes o posteriores, reducido contacto con las altas esferas administrativas. Sin embargo, analizadas las cosas en retrospectiva, resultó, desde el punto de vista espiritual y humano, la actividad más gratificante que hubiera tenido. Fue un don maravilloso tener la oportunidad de cumplirla, de trabajar para los campesinos de mi Patria y muchas veces con ellos, si bien luego vinieran funciones que, para la apreciación general, lucieran más importantes.

Objetivo y acciones de la Misión Andina

La Misión Andina del Ecuador buscaba integrar a las comunidades campesinas, especialmente a las indígenas, a los procesos económicos, sociales y culturales del país.

A la época en que tuve la complacencia de trabajar para

ella, había afinado su metodología y precisado sus líneas de acción.

Su trabajo en una comunidad determinada arrancaba con la actividad de los miembros del grupo de profesionales en sociología, antropología y trabajo social que en ella laboraban. Uno o dos de ellos buscaba contactos con la comunidad peticionaria o seleccionada, estudiaban su realidad, se involucraban con ella largas semanas, hasta que, en cierto modo, fueran aceptados por sus líderes naturales. Venía luego el trabajo de motivación y sensibilización de los integrantes de la comunidad. Después, el de identificación de proyectos prioritarios para ella. En seguida, la determinación de la forma en que los miembros de la comunidad podían cooperar, a efectos de llevar a la práctica esos proyectos.

Todo ello, en el marco de una acción que buscaba propiciar el desarrollo integral de esa comunidad, así como la modernización de la vida rural.

Un principio básico era, para entonces, que la Misión Andina del Ecuador, la MAE apoyaba y complementaba el trabajo de la comunidad para la ejecución de proyectos prioritarios para ese grupo humano, pero no lo reemplazaba o sustituía y menos imponía el proyecto. La comunidad siempre debía poner su parte, sea en trabajo de sus integrantes, ya en materiales disponibles en la zona.

Areas fundamentales de actividad

Bajo esos principios, se ejecutaban trabajos de desarrollo

físico –fundamentalmente ciertas obras de infraestructura básica-; mejoramiento económico; desarrollo educativo y cultural, social y comunitario.

Hacia los años 1968 o 1969, de los que puedo dar fe, no se iniciaban obras físicas sin comprobar que la gran mayoría de la comunidad estaba de acuerdo con su realización.

Esos trabajos se orientaban a abrir caminos de acceso a la comunidad, incluidos puentes, normalmente pequeños y simples, o a configurar sistemas de regadío, así mismo pequeños, que la beneficiaran, a ejecutar obras de abastecimiento de agua apta para el consumo humano, letrización, casas comunales.

La Misión Andina aportaba con el diseño y la dirección técnicos la maquinaria indispensable y ciertos materiales que no podían obtenerse en la zona con el concurso de la comunidad. Esta ponía su trabajo y materiales que con él era dable alcanzar. La MAE contribuía también, frecuentemente con aportes del Programa Mundial de Alimentos que facilitaban la realización de mingas y el desenvolvimiento de la actividad comunitaria. Ingenieros civiles y sanitarios, motivadores y trabajadores sociales actuaban en esta área.

En el campo económico, la MAE buscaba introducir variedades vegetales mejoradas o más adecuadas para la zona, más idóneas técnicas de cultivo y cuidado de la tierra, variedades o razas más resistentes o más productivas de animales domésticos, apropiados sistemas de conservación y almacenamiento de productos. Ingenieros

agrónomos y técnicos agrónomos orientaban esas labores. Se contaba con la colaboración de expertos de la FAO.

Especial importancia se daba al impulso de nuevas actividades productivas o el robustecimiento y mejora de algunas para las que ciertas comunidades demostraban inclinación o experiencia: tejido de alfombras, de tapices, artesanías en madera o cerámica. Técnicos extranjeros, seleccionados y contratados por la OIT, suministraron asesoría en estos campos y lograron que en varias comunidades campesinas ecuatorianas se alcanzara niveles comparables a los observados en muy antiguos centros de operación en tales áreas.

En materia social, la Misión Andina desarrollaba proyectos de atención básica a la salud, de introducción y observancia de normas de higiene, de salubridad, de atención elemental a enfermos. Médicos, odontólogos, enfermeras, asistentes de salud trabajaban en este campo. Se confería mucha importancia a la preparación de esos asistentes, que eran miembros de la propia comunidad. Asimismo se buscaba que la Medicina moderna y la tradicional se complementaran y se propiciaba un razonable respeto para ésta.

En el campo educativo, se daba énfasis a la enseñanza bilingüe, así como de conocimientos y destrezas que permitieran incrementar la producción y mejorar la calidad de vida. Para ello, se concertaban convenios y desplegaban acciones conjuntas con el Ministerio de Educación. Profesores y trabajadoras sociales laboraban en estas áreas.

Expertos de la OMS, de la UNESCO daban su asistencia para un mejor desarrollo de las actividades en las dos áreas antedichas.

En lo que concierne a organización de la comunidad, se buscaba la formación de líderes, la promoción del sentido de identidad de la comunidad respectiva y de orgullo de pertenencia a ella, la estructuración de "clubes" de agricultores o de pequeños ganaderos y también de amas de casas. No se dejaba de lado, desde luego, el impulso de actividades deportivas.

Guaslán, en Chimborazo, Rumipamba, en Imbabura, fueron centros de capacitación para líderes campesinos de las comunidades con las que, en las áreas de acción antedichas, trabajaba la Misión Andina. En Guano se mantenía un centro orientado especialmente al impulso de artesanías textiles.

Algunas realizaciones típicas

Como ocurría con buena parte del personal de la Misión Andina, participé en actividades de los grupos con los que trabajaba la entidad, por ejemplo, culminación de períodos de programas educativos, siembra o cosecha de nuevos productos, mingas que, debidamente motivadas, eran una fiesta comunitaria; compartí en ellas alimento y alegría de la comunidad; me enorgullecí y solacé con sus realizaciones.

Imposible no recordar, por largos que sean los años transcurridos, aun cuando ya se olviden nombres o personas.

verdaderas gestas –humildes, pero no por ello menos heroicas- de las comunidades campesinas en su lid por conseguir agua o servicios básicos. O por mejorar su producción.

Vale mencionar algunos hechos. En lo que concierne a la dotación de agua apta para el consumo humano, ya que, por alguna razón técnica, era conveniente lograr la mayor continuidad posible en la tubería plástica, había grupos comuneros que, en los largos y lentos viajes de camiones que la transportaban en la alta noche o la madrugada, se turnaban, caminando, por propia iniciativa, junto a los vehículos –en el típico trotecillo incansable de nuestros campesinos de la alta sierra- a objeto de sostener esa tubería para evitar rozamientos que la deterioran o debilitaran, y lograr que continuara sin cortes, inclusive de un camión a otro.

Y luego, cuando tenía que colocarse esa tubería en las zanjas que la comunidad había cavado con antelación, a pico y pala, generaba una estremecida admiración apreciar cómo virtualmente todos los integrantes de ésta formaban largas filas, en orden de estatura, para, en movimientos cuidadosamente sincronizados, ponerla a hombros, a dos o tres pasos de distancia entre cada uno de los portadores, y llevarla, con el menor número posible de cortes, montaña arriba, hasta la fuente de captación, en una suerte de inmensas procesiones zigzagueantes, a las que con enormes tambores –bombos los decían- situados en lugares estratégicos, se marcaba el paso, y luego se determinaban los movimientos, también perfectamente sincronizados, con los que la tubería era bajada de los hombros de quienes la portaban, y colocada en la zanja,

sin trizarla, sin debilitarla, en una especie de fantástico ballet multitudinario. Un redoblante retumbar proclamaba a los cuatro vientos la finalización de la tarea.

En una variación de esta actividad, en obras de ese tipo realizadas para ciertas comunidades podía contemplarse a indígenas de Imbabura, con sus anchos pantalones blancos, que, colgados de sogas que se amarraban a barras clavadas en la peña, lucían como inmensos pájaros, en su labor de asegurar la tubería que descendía de lo alto.

El diseño del proceso, los ensayos, las claves sonoras que debían observarse para esas acciones constituían un rito comunitario que lindaba con lo maravilloso.

Los técnicos extranjeros que inicialmente consideraban que quizá se habían utilizado en la construcción del sistema menos tanques de desfogue que los que era usual, retiraba todas sus objeciones y expresaban su admiración al estar presentes en esas fases del proceso.

A veces, la dotación de agua, así fuere en cantidades modestas, entrañaba una verdadera transformación, no solo en materia de salud. Evoquemos una obra en Chimborazo. Era una comunidad que moraba en un lugar situado en el áspero nudo del Igualata. Se había captado el agua de una vertiente que estaba al otro lado de una quebrada ancha y profunda con la que lindaban los campos de la comunidad. Un sistema de sifón invertido permitía que el líquido, luego de descender, subiera hasta el sitio en donde estaban los tanques de tratamiento, ya en terrenos de propiedad comunal. Para los humildes

campesinos aquello resultaba casi cosa de magia. Cuando manó el agua, mujeres arrodilladas en el suelo, la tomaban en sus "mates", la bendecían, la lanzaban hacia el cielo y la recibían en el rostro. Lloraban y reían de felicidad. Aunque los hombres trataban de ser más parcios, también se la veía en sus rostros y en sus gestos.

Los discursos de agradecimiento sonaban rústicos y desmesurados para el ciudadano. Llegaban a comparar a los inspiradores y ejecutores de la obra con los libertadores de la Patria. El hombre de la ciudad inicialmente no lo comprendía: casi le parecía risible el enunciado. Pero lo entendía –y se le estrujaba el corazón- cuando escuchaba la explicación –la conversa, decían ellos- de que la obra había eximido a los moradores del lugar de una doble servidumbre: física y humana. La primera, una agobiante tarea diaria, que suponía unas dos o tres horas y comprendía el descender, a veces con el tanquecillo de metal o con el "pondo" de barro a hombros, otras, el asno cargado de recipientes para el agua, por un serpenteante y peligroso sendero, ascender luego, con un sol de fuego o un frío que calaba los huesos, los recipientes llenos de líquido, a cuestras. Y a ello se agregaba la consuetudinaria obligación de pagar, con uno o dos días de trabajo a la semana, al dueño de la propiedad por donde pasaba el riacho de aguas lodosas del que extraían el líquido, por la posibilidad de obtenerlo.

Meses después de entregada la obra, el funcionario de la MAE compartía la felicidad de la comuna cuando le contaban que, además de haber alcanzado que mejoraran los niveles de salud de la comunidad, había acontecido que algunos integrantes de ella, acuciosos y llenos de iniciati-

va, lograron que "sentaran" las primeras plantitas de manzana o de babaco con las cuales se quería diversificar una producción agrícola que, antes de poder disponer de esa agua, aunque se la utilizara por gotas, se reducía a la cebada, que, por generaciones, había sido el cultivo dominante y a veces único en el lugar.

No es de extrañar el cuidado y la pasión que la comunidad respectiva ponía luego en la utilización y mantenimiento de esas obras. Muchos años después, he podido admirarlas de nuevo, en pleno funcionamiento. O ver, como hasta hoy, en los pequeños puentes de caminos rurales se conserva el baldosín con el logotipo de la MAE, y se lo limpia todavía, con amor.

En otras áreas de actividad, el logro de cosechas más abundantes, de especies mejoradas era objeto de particular orgullo por parte de los comuneros (y también, desde luego, de los técnicos de la MAE). Algunos productos, o tejidos, o artículos de arcilla o madera circulaban, como efecto demostración entre las, para entonces, alrededor de 200 comunidades que trabajan con la Misión Andina del Ecuador; o para las que ella trabajaba, como decían, con orgullo, esos campesinos.

El poder de convocatoria de la MAE se había tornado importante. Algunos medios de información cubrían ciertos actos trascendentes.

La emoción de servir

Para el funcionario, el técnico, el trabajador de la Misión Andina, constituía fuente de satisfacción sentir el proceso

de mejoramiento, a veces lento de la comunidad respectiva. Una especial emoción lo estremecía cuando el campesino le exhibía, con orgullo, las mazorcas, que, en su ingenua apreciación, estimaba enormes; los productos de mejores condiciones; las nuevas frutas; los animales de muy buenas características, resultado de la introducción de razas de mayor resistencia, más fecundidad o mayor capacidad productiva.

A veces, el dirigente comunitario le invitaba, con alegría y sinceridad, a compartir la presa selecta del animalito, que, como especial muestra de afecto, se había decidido sacrificar, para la reunión; o, asimismo, a compartir la calabaza o "mate" de chicha dorada y jocunda, preparada con muchos días de anticipación. Aunque el organismo del ciudadano se resintiera, no podía dejarse de aceptar, al menos un sorbo o unos bocados, pues era muy malo desairar a los oferentes. O le daba pequeñas muestras, "puñaditos", de la producción agrícola, o el diminuto tapiz "más lindo" que se había tejido. Normalmente, en los recorridos rurales, se iba exhibiendo entre las comunidades esos productos; a veces dejándolos, para semilla o para muestra.

Para entonces, el funcionario no era ya el "señor Director" o "el doctor". En alguna comunidad inventaron decirle "Marcantoñito", lo cual luego ocurrió con varias. Y así solían referirse a él. El toque, con matices de alegría, de la bocina o el churo, solía comunicar a los comuneros dispersos, que él había llegado. Aquello resultaba emocionante, aunque ya no fuera posible el efecto de la visita imprevista. Y le regalaban pequeños tapices, ingenuos bordados, con ese nombre, y a veces con algo que

estimaban era su perfil. O le daban tisanas con las que, según los campesinos, se buscaba conservarle, "así de activo", por muchos años. O en las mingas o culminación de trabajos o programas educativos le pedían –máxima deferencia- apadrinar a los hijos. Con un padrino adicional, que morara cerca, un por si acaso, ya que "el Marcantoñito viajaba mucho". O le hacían bailar, aunque era un desastre para la danza.

O bien, a su manera, la integraban a su comunidad. En especial ceremonia, le regalaban e imponían el ponchito típico, con los emblemas tradicionales que acreditaban al jefe de la comunidad. Un poncho tejido por los o las comuneras, con lana de rebaños de lugar, teñida con el zumo de vegetales que ellos conocían por ancestro. En el fondo oscuro, solían incluirse, según fuera la comunidad, delgadas franjas o líneas o listas de diferentes colores: verde, para simbolizar, que estaba vinculado con la tierra; gris-azul, plumado, para poner de relieve su pertenencia al grupo de conocedores, de sabios de la comunidad; roja para señalar que en la estirpe también estaba el grupo de guerreros.

Años después, cuando ya en la pura actividad privada, invitaba a personajes o clientes importantes a visitar ferias indígenas, solía ocurrir que un campesino, al que ya no recordaba, se acercara, para decir en medio de abrazos, "a los tiempos que has venido. Marcantoñito"; y que luego acudieran varios, porque les habían contado que él estaba allí; y trajeran a los ahijados, que pedían la bendición. El visitante no comprendía la situación. Cuando se le contaban los antecedentes, compartía la emoción, así como la admiración por la Misión Andina, ya entonces desapareci-

da. A veces, cuando el campesino insistía en llevarle a su casa, "para que tome aunque sea una agüita, le hacía mirar viejos, amarillentos, recortes de las informaciones periodísticas sobre el trabajo de la MAE

Mi grado de compenetración con las aspiraciones de la MAE y de las comunidades atendidas era intenso. Tomaba riesgos por obtener ingresos presupuestarios para la entidad. Hacía reiteradas gestiones con los Ministros y el propio señor Presidente de la República. En dos o tres ocasiones, él, en persona, dispuso ese incremento, aunque se resistieran a hacerlo algún Ministro o Subsecretario. No está por demás decir que funcionarios técnicos que, por invitación de la MAE, habían podido conocer en el terreno los trabajos de ella, me facilitaban información y datos que permitían que esos pedidos fueran viables.

Un día, sin embargo, se rompió la cuerda. Una petición de incremento de recursos, para atender a proyectos específicos, no fue atendida, por más justificada que estaba. Renuncié enojado. (Sin embargo, algunos meses después, el señor Presidente me pediría desempeñar otras funciones –más ligadas con mi actividad usual- que el común de la gente consideraba muy importantes)

A poco de ello fue nombrado para desempeñar el cargo quien había sido hasta entonces el Secretario Privado del Presidente: un político de Guayaquil

El personal de la entidad solía visitarme para comentar que en esa etapa se buscaba proyectar la actividad de la entidad hacia la costa. Que su acción se estaba politizando. Meses después, se la identificó mucho con la imagen

del Gobierno. Producido el golpe de Estado que derribó a éste, la dictadura militar que entonces advino suprimió a la Misión Andina.

Comentario respecto a ciertas objeciones sobre la acción de la MAE

En alguna parte de los trabajos que reseña esta publicación se hace referencia a los que se estima altos costos operativos de la Misión Andina del Ecuador.

Tuve ocasión de comparar costos de operación y gastos de personas de diversas entidades. Meses después de que dejara el cargo de Director Ejecutivo de aquélla, con apelación a responsabilidades indeclinables frente al país y también de improviso, el señor Presidente Velasco Ibarra me designó su representante personal ante el Consejo Superior de Comercio Exterior e Integración, y, en tal calidad, presidente del organismo, integrado por varios Ministros de Estado y representantes de las Cámaras de Producción. Me nombró Secretario General de Integración, su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, y miembro de la Comisión del Acuerdo de Cartagena. Participé como tal en la negociación de aspectos esenciales del proceso de Integración Andina.

Luego, en otros gobiernos, fui Superintendente de Compañías o Gerente General del Banco de Desarrollo del Ecuador. O, ya en el sector privado, directivo de la Bolsa de Valores de Quito, Presidente del Directorio de ella, asesor de varios bancos y entidades financieras privadas y públicas. Estuve en contacto con la empresa privada ecuatoriana.

Cuando con ocasión de ello comparaba, a valores constantes, los rubros de gastos de operación, de remuneraciones de esas entidades, con los que se tenía en la Misión Andina del Ecuador, sentía rubor ajeno por lo poco que se pagaba a las gentes sacrificadas que en ella trabajaban con pasión y entrega, por lo discreto de sus gastos operativos frente a los que se registraban en muchas aquellas entidades.

Quizá era cierto que ellas tenían a su cargo aspectos importantes del vivir nacional. Pero nada lo es tanto como el ser humano, como el lograr que se avive y exalte en él aquella chispa de lo divino que cada individuo porta. Y la Misión Andina lo hacía.

Los gastos del Estado en entidades como aquéllas han crecido mucho más en el último tiempo. Baste solo recordar lo que se ha entregado a unos pocos bancos y banqueros, en los últimos años, para evitar o paliar quiebras, con frecuencia fraudulentas.

Lo invertido por la Misión Andina en mejorar la condición de vida de millares de los campesinos más pobres del país (aunque no fueran todos o un grupo plenamente mayoritario de ellos), durante su decenio de vida activa, es una gota de agua frente a lo que se ha facilitado o entregado a uno solo o a algunos de ellos, o a lo que otro ha escamoteado a quienes le dispensaron su confianza al depositar sus ahorros en su banco, o al Estado Ecuatoriano: miles de millones de dólares.

Comparto la opinión que, en esta misma publicación, man-

fiesta **Alain Dubly**, en su momento uno de los más lúcidos críticos de algunas actuaciones de la Misión Andina del Ecuador: la creación de ella "ha sido el más relevante compromiso del Estado Ecuatoriano en beneficio directo de la clase más sometida y explotada, en este caso, los campesinos indígenas..." "La Misión Andina es el único compromiso notable asumido en este siglo por el Estado para con los campesinos pobres del país".

Me alegra, en verdad, que, como lo anota un viejo dirigente campesino del Cañar, "con la labor capacitadora de la Misión Andina la gente haya comenzado a despertar"; y me entusiasma que varios líderes del movimiento campesino actual provengan de comunidades de Imbabura, de Saraguro, de Chimborazo, Tungurahua y Cotopaxi para las que trabajó la Misión Andina del Ecuador.

FLACSO Biblioteca